



Luis Benjamín Cisneros

# **Edgardo o Un joven de mi generación**

## **Romance americano-español**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Luis Benjamín Cisneros**

# **Edgardo o Un joven de mi generación**

## **Romance americano-español**

A José Casimiro Ulloa

- I -

Una bella mañana del mes de noviembre de 1852, atravesaban juntas, en la dirección de San Agustín hacia San Sebastián, una señora de avanzada edad y una joven. La señora, pequeña de estatura, débil de cuerpo, un poco enjuta, manifestaba en la flexibilidad de su talle, en la ligereza de sus movimientos y en la viveza de sus miradas una agilidad que sus mejores años no le habían arrebatado consigo. La joven, un poco alta, fresca, delicada, caminaba graciosamente acompañando el paso de su madre. La armonía de sus pisadas y la modestia de su actitud revelaban cierta severidad que la expresión de su rostro, natural o estudiada, no desmentía. La pureza de sus facciones, el resplandor risueño de su fisonomía, el suave matiz de sus colores, un tanto pronunciado por el carmín de sus mejillas, el fuego adormecido de sus negros ojos, hacían reconocer a primera vista que se hallaba en aquella hora suprema de la vida en que la mujer ha llegado, con todos los encantos de la virginidad, a la plenitud de la belleza y de la juventud. La expresión severa, candorosa y dulcísima de esta hermosura tenía algo de angelical. Al verla se hubiera pensado involuntariamente en que ese tipo ideal y sagrado de belleza y de virtud evangélica, que se llama en nuestras tradiciones religiosas Santa Rosa de Lima, no ha muerto y vive aún en las generaciones de su patria.

Al llegar al frente de una de las casas de la calle, la madre y la hija dirigieron la vista hacia una de las dos ventanas de hierro de la fachada de la casa. En las ventanas se veía un papel, pegado en medio de la reja. Ambas se avanzaron de frente hacia ella. La joven se adelantó, y después de haber atravesado una débil y dislocada tabla que servía de puente al cauce de la acequia, tendió la mano hacia la anciana y le dijo con voz un poco acentuada:

-Por aquí, mamá.

La anciana tendió la mano hacia la joven y un momento después ambas se encontraron delante de la reja, interrogando con la mirada todas las condiciones de las piezas que se ofrecían en arrendamiento y que al parecer podían convenirles.

-Entremos a preguntar, -se dijeron ambas a un mismo tiempo; -y atravesando el patio de la casa se encaminaron hacia la puerta, o mejor dicho hacia la mampara cerrada de la sala, guarnecida por cortinas de seda oscura. El silencio, la limpieza, el aspecto de tranquilidad que daban al exterior las puertas cerradas, revelaban los hábitos de orden y el aislamiento de las personas que allí vivían. Antes de que llegaran a esa galería o vestíbulo construido al aire libre y común a todos los países calurosos que en Lima se llama corredor, la madre y la hija distinguieron en el interior de la sala y al través de las cortinas una persona que trabajaba al pie de la ventana y que al fijarse en ellas se levantaba precipitadamente. Casi al mismo tiempo apareció en el dintel de la puerta una mulata obesa, escrupulosamente vestida en el traje de las mujeres de su clase y en quien se revelaban a primera vista todos los signos infalibles de la beata y de la ama de llaves.

-¿Vds. vienen a preguntar por las piezas de reja? -dijo la mulata-; el señor quiere mejor alquilarlas a un hombre solo que a una familia; pero si Vds. quieren verlas, todavía están libres.

-¿Cuántas piezas son?

-Son tres, y además una cocina, un pequeño corral y un gallinero.

El lector perdonará la minuciosidad de estos detalles; ellos prueban la exactitud histórica del episodio que referimos.

- Voy a prevenir al señor y a traer las llaves.

La criada invitó a sentarse a la anciana y a la joven, que se instalaron un instante en la sala en la actitud insegura del que espera.

Cuando, después de haber recorrido una a una las habitaciones prontas a alquilarse y de haberse informado de las principales condiciones, la madre y la hija volvieron a entrar en la sala, salía a ella de una de las habitaciones interiores un hombre como de unos cincuenta años, en quien ambas reconocieron, a la primera mirada, al respetable propietario de la casa. El propietario, cuyas esperanzas no se sintieron satisfechas al notar el aspecto humilde de las dos desconocidas, las saludó con benevolencia, y la madre comprendió que iba a entenderse con una persona amable y accesible.

-¿Las piezas de reja convienen a Vd., señora? -interrogó el propietario a la anciana.

-Sí, señor, pero yo quiero saber el último precio, -dijo ésta dando a su voz la inflexión más suave y con el énfasis de una persona que desea hacer ver que conoce o ha conocido alguna vez los modales finos de la buena sociedad.

-¿Dónde vive Vd. ahora?

-¡Por San Bartolomé! también en una ventana de reja.

-¿Vive Vd. sola con su hija?... porque supongo que esta señorita es hija de Vd. -dijo el interlocutor restregándose las manos y fijando en la joven una mirada escudriñadora que ella evitó bajando los ojos.

-No, respondió la madre, tengo tres hijas y una criada.

-Son muchas personas para sólo tres piezas, -dijo vivamente el propietario con un tono seco que encerraba la intención irrevocable de una negativa.

-Cuando una es pobre se arregla como puede, replicó humildemente la anciana.

-¿La gracia de Vd., señora?

-Inés Liseña, viuda del Mayor Lorbeza.

-¿Del sargento mayor Lorbeza que murió en la batalla de Guía?

-Del mismo.

-¡Oh, señora! -dijo el propietario que hasta entonces había permanecido de pie, dando un paso hacia atrás y sentándose en un canapé como un hombre cuyas impresiones toman de repente un giro inesperado-, Vd. es viuda de uno de mis mejores y más antiguos amigos; alguna vez ha debido Vd. haberle oído hablar de mí, de Julián Arasnegui. Hemos sido condiscípulos en el seminario de Trujillo y hemos servido juntos en la guardia nacional el año de 182... cuando Lorbeza comenzó su carrera.

La pobre anciana se sintió turbada. El sentimiento de su pobreza y de su desgracia habían aumentado siempre en su alma la religión y la ternura por el recuerdo de su marido. La madre y la hija, con los ojos fijos en el suelo, no sabían qué responder. Don Julián vio surgir una lágrima del corazón a los ojos de la viuda, y comprendió que, por un exceso de sensibilidad, el recuerdo de su marido le era aún muy doloroso.

-Si no me engaño, Vd. debe tener un montepío -preguntó con solicitud el señor Arasnegui, tanto por interés sincero cuanto por dar otro giro a la conversación.

-Sí, señor, tengo mi montepío que cobro del Tesoro con regularidad; con él y con lo que ganamos nos mantenemos... porque... como mis hijas cosen...

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono indeciso entre la modestia y el orgullo. Había en ellas la humildad del que se siente agobiado por la escasez de sus recursos y la satisfacción del que gana el pan de la vida con el trabajo material, al mismo tiempo que el deseo de hacer ver al hombre a quien se dirigían que, a pesar de la mala fortuna, ella y sus hijas habían sabido vivir hasta entonces en las tradiciones de honradez del nombre que llevaban.

-¡Ah! las niñas cosen, -dijo el propietario con un acento casi familiar y sinceramente interesado ya en la conversación.- ¿Ninguna es casada?

-Ninguna. Sin embargo dos de ellas están ya en edad de tomar estado. La que Vd. ve se llama Adriana y tiene diez y siete años; Carmen, su hermana mayor, tiene diez y ocho; la menorcita, Eduvigis, que nació después de muerto su padre, va a cumplir catorce.

-¿Y por qué se muda Vd., señora, de la casa que ocupa?

-Porque vivimos en una ventana de reja que da frente a frente al hospital de San Bartolomé, y esta vecindad no me conviene con tres niñas doncellas. No sé si Vd. ignora que Lorbeza murió en ese hospital y que murió por falta de cuidados; cuando fuimos a vivir allí, este triste recuerdo vino naturalmente a mi memoria, y mis hijas hicieron el voto de visitar a los enfermos a fin de procurarles una vez por semana todos los auxilios que pudieran necesitar y que nuestros recursos permitieran. Así ha sido durante tres años, pero esta caridad de nuestra parte nos trae con frecuencia relaciones desagradables.

-Pero, señora -dijo D. Julián sonriendo-, todo eso puede evitarse suprimiendo las visitas de las niñas al hospital y exigiendo un poco de severidad en su conducta.

-No, no, señor, -continuó D<sup>a</sup>. Inés; mientras permanezcamos allí, estoy segura de que las oficiosidades para con los enfermos y las molestias para mí no tendrán fin; demasiado he hecho ya para que cesen; quiero evitar las habladurías en el barrio al mismo tiempo que toda tentación desgraciada, porque mi cuidado ante todo es conservar a mis hijas, aunque pobres, honradas y virtuosas.

Bajo la primera impresión, D. Julián había encontrado un poco original este motivo para cambiar de casa; pero por el sentido de las últimas palabras comprendió que la pobre viuda tenía alguna causa secreta y fundada para alejarse de la vecindad peligrosa de un lugar frecuentado por militares.

-Si viniera Vd. a vivir aquí, pienso, señora, que no recibiría Vd. visitas frecuentes de ningún hombre, y mucho menos, visitas de oficiales.

-¿Visitas de oficiales?... ni de uno solo, -replicó D<sup>a</sup>. Inés, que, al oír estas palabras, vio un cambio favorable en las disposiciones del propietario y la probabilidad de obtener las piezas bajo las condiciones que deseaba.

Por ese lado puede Vd. estar tranquilo.

Cualquiera que hubiese observado a la bella joven que escuchaba silenciosa este diálogo, habría notado lo embarazado de su actitud al oír que el propietario interrogaba a su madre sobre los motivos que tenía para buscar nueva casa. Sus miradas habían buscado dos o tres veces las de la anciana con la intención visible de prevenirle que una palabra mal interpretada podía comprometer la dignidad de sus hijas ante un desconocido. El miedo de una indiscreción maternal la agitaba sin duda. En vano trató de disimular su turbación arreglando como distraídamente los pliegues de su traje. Cuando D<sup>a</sup>. Inés pronunció las palabras ni uno solo, sus labios temblaron casi imperceptiblemente, y haciendo un esfuerzo interior para dominar sus emociones, tomó un aire apacible de resignación.

El diálogo entre D<sup>a</sup>. Inés y D. Julián continuó bajo un tono más bien amistoso que de dos personas que acaban de conocerse. Los recuerdos que las primeras palabras trajeron a la memoria de ambos los habían predispuerto a la familiaridad y a la franqueza. D. Julián concedió las piezas a la viuda de su antiguo amigo bajo las más favorables condiciones. Sus intereses de propietario no tuvieron grande resistencia que vencer para contentar a la desvalida viuda, pues las piezas se encontraban vacías, con perjuicio de sus rentas, hacía algunos meses. Las piezas no reunían todas las condiciones precisas de holgura y salubridad; ellas eran sin embargo un verdadero hallazgo para la pobre familia. Las prevenciones sobre la regularidad de la vida y sobre el sosiego habitual de la casa no cesaron de multiplicarse.

Adriana hizo notar a su madre que la hora avanzaba. Ambas se levantaron para despedirse.

-Entonces... -dijo D<sup>a</sup>. Inés al ponerse de pie como esperando la última palabra sobre todo lo hablado.

-Todo queda convenido y arreglado, señora; las piezas están desde hoy a la disposición de Vd. y desde el primero correrán de su cuenta. Venga Vd. a habitarlas cuanto antes. Aquí trataremos de casar a las niñas, y si las tres son como la muestra, no creo que tendrá Vd. muchas dificultades.

La hilaridad fue general.

El señor Arasnegui no era un viejo seco ni un hombre de una severidad imperturbable; su espíritu se inclinaba por el contrario, en medio de la familiaridad, a la chanza delicada. Poseía lo que se llama un carácter feliz; siempre de buen humor, de un temperamento franco y simpático, tenía el privilegio de esos hombres que saben chancear sin ofender y reír sin sarcasmo.

Don Julián acompañó sus nuevas inquilinas hasta la puerta de la sala con toda la cortesía del hombre que se esmera en llenar los deberes de la buena educación. Los tres interlocutores salieron de la sala y se detuvieron un instante en el corredor para cambiar las últimas palabras. Antes de separarse, el propietario fijó en el rostro de Adriana dos o tres miradas que bien habría podido suprimir sin faltar a las leyes de la galantería. Esas miradas nacían de un sentimiento ingenuo de admiración y de súbito entusiasmo por la criatura que tenía ante los ojos. Hubiérase dicho que, dudando de la belleza divina que acababa de ver entre las sombras y a la luz amortiguada de su sala, quería contemplarla, para convencerse de ella, en pleno día y al ardiente resplandor del sol.

Don Julián se quedó viendo, en una actitud meditativa y al través de las celosías, el talle de las dos personas que se alejaban. Su corazón se sentía satisfecho de la buena acción que acababa de hacer. Esta desgraciada familia que se mantenía de u trabajo; estas jóvenes consagradas, por un sentimiento de amor hacia la memoria de su padre, a auxiliar a los enfermos de un hospital; la ternura de esta anciana por el recuerdo de su marido; las reminiscencias de la juventud que la conversación con D<sup>a</sup>. Inés le había traído, habían

pasado en su espíritu como una visión de bien y habían llevado a su corazón, con las primeras impresiones de la mañana, como un soplo fresco de consuelo y de tranquilidad en medio de las monótonas tareas de la vida ordinaria.

-¡Aún hay en el mundo, -se dijo a sí mismo, una madre y tres hijas que pasan cosiendo los días y las noches para vivir honradamente!

Y como el antiguo seminarista tenía sus puntas de filósofo, agregó, contento de la idea que le venía y hablando siempre consigo mismo:

-«¡La exclamación de Bruto: -¡Virtud, tú no eres sino un nombre!»- no sólo es una blasfemia contra la Providencia sino una calumnia contra el género humano.

- II -

Cuando D<sup>a</sup>. Inés salió de casa del señor Arasnegui, la pobre anciana temblaba casi de gozo. Don Julián había conquistado en una hora todo su afecto. Él mismo no sabía todo el bien que había hecho a esta infortunada familia, y sólo ella en su calidad de madre podía comprenderlo. Lo que sentía por él no era la gratitud natural por el favor que le concedía, sino el reconocimiento efusivo del pobre cuando el hombre rico y dichoso lo trata con benignidad y deferencia. La pobreza la había sepultado con sus hijas en un aislamiento completo, y hacía mucho tiempo que no se veía tan bien acogida cuando la casualidad u otra circunstancia la llevaba a casa de alguna persona de representación o de fortuna. La pobreza se consuela con estas cosas; el interés y la simpatía del rico redimen en un instante para ella las humillaciones y los dolores de todos los días.

Las buenas maneras del señor Arasnegui la habían seducido. El antiguo amigo del Mayor Lorbeza era en efecto un hombre simpático y afable. Su fisonomía siempre sonrosada; sus pequeños ojos azules alegres y vivaces; sus cabellos blancos naturalmente o por la edad, cortados casi a raíz; una cabeza ancha y poco menos que redonda; un rostro abierto y risueño; su manera de vestir irreprochable en cuanto a la severidad y a la limpieza; cierta locuacidad habitual, que en las conversaciones familiares se confundía con la elocuencia; una notable espiritualidad para relatar anécdotas graciosas e historietas domésticas; todo esto reunido hacía del señor Arasnegui un hombre agradable, decidor y atractivo, al mismo tiempo que un personaje serio y de respeto.

-¡Gracias a Dios! ya tenemos casa, -dijo la madre a la joven cuando estaban algo lejos.

-Al fin descansará Vd. de estas fatigas y nos veremos libres de todo disgusto, -contestó la hija con un tono de amabilidad.

Como Adriana no pronunciaba una sola palabra, D<sup>a</sup>. Inés, que comprendía perfectamente y disimulaba la causa de este silencio, no había querido ser la primera en iniciar la conversación. La necesidad de comentarios sobre todo lo que acababa de pasar se sobrepuso sin embargo a sus reflexiones. Como acabamos de verlo, la madre dirigió al fin a

la hija una frase que Adriana se había apresurado a contestar de una manera que, al mismo tiempo que dejaba entrever el sentimiento secreto que la dominaba, se confundía con la solicitud por el reposo y el bienestar de su madre.

A pesar de esta mutua disposición de espíritu, la conversación entre ambas se animó poco a poco. Las reflexiones sobre la disposición de las piezas, sobre la distribución de los muebles en ellas, sobre las ventajas de vivir en una casa tranquila y que llevaba un nombre respetable, sobre las condiciones del arrendamiento, pasaron sucesivamente y terminaron por hacer objeto principal de la conversación al bondadoso propietario.

D<sup>a</sup>. Inés no carecía de mundo ni del discernimiento preciso para apercibirse de la viva impresión que Adriana había producido al señor Arasnegui y del secreto y mal comprimido entusiasmo con que había contemplado su belleza. Las emociones de la mañana habían predispuerto a la infortunada viuda a la esperanza y a todas las ideas halagüeñas. En un instante en que ambas caminaban en silencio, las reflexiones se agolparon a su mente, y por esta ley fatal que hace que un incidente dichoso lleve nuestras aspiraciones a una dicha casi inaccesible, la fantasía comenzó a halagar sus más ardientes e íntimas aspiraciones: D<sup>a</sup>. Inés se puso a soñar. El señor Arasnegui se presentaba a sus ojos como el modelo más cumplido del hombre acomodado y de mundo; era soltero, joven aún, si se quiere, y poseía un corazón bondadoso. La pobre viuda se preguntó si la admiración por su hija no podría convertirse en una pasión verdadera, si el hombre que acababa de procurarle un beneficio inestimable no era capaz de todas las acciones buenas y generosas, y si D. Julián no podía llegar a ser un día, con el tiempo y la intimidad, un buen marido para Adriana y el amparo honroso de toda la familia.

Entretanto, Adriana caminaba también pensativa y cavilosa; su espíritu se hallaba absorbido por un pensamiento triste y amargo; por momentos se reconocía en su marcha la impaciencia por llegar. De tiempo en tiempo sus ojos tomaban la inflexión de la persona que piensa en algo, que desea y que invoca en silencio la realización de su pensamiento.

Cuando D<sup>a</sup>. Inés y Adriana llegaron a su casa era más de medio día; casi en medio de la sala se veía una mesa dispuesta para el almuerzo; antes de que la familia se instalara ante ella, Adriana quiso doblar y guardar el pañuelón que la cubría y se dirigió a uno de los dormitorios.

Carmen buscó otro pretexto para seguirla y entró a la misma pieza. Ambas dirigieron una mirada hacia fuera para ver si alguien las observaba. Adriana dijo a su hermana mayor:

-¿No ha venido?

-Sí; apenas ha tenido tiempo para hablar conmigo unas cuantas palabras; me ha dejado una carta para ti. ¡Pobre hombre! tenía los ojos colorados como fuego; se conocía que no había dormido en toda la noche. Aquí está la carta.

A pesar de la seguridad de que nadie las observaba, Carmen se aproximó todo lo posible a su hermana; sus manos se tocaron precipitadamente entre los pliegues confundidos de sus

trajes, y la carta pasó a la de Adriana. Carmen salió casi corriendo para no dar lugar a la menor sospecha.

El almuerzo se pasó en la descripción del nuevo departamento, en el relato de todo lo que había acaecido, en la repetición de cada una de las palabras del señor Arasnegui y en la previsión de los preparativos para efectuar la mudanza. Adriana no tomó sino unos pocos bocados, o mejor dicho, fingió tomarlos, y eso por las instancias y las observaciones de D<sup>a</sup>. Inés.

Cuando el almuerzo hubo terminado y cada uno buscó su silla de trabajo, Adriana habló de su cansancio y de la necesidad de cambiar de vestido y de calzado para trabajar con desahogo.

La joven tuvo cuidado de cerrar la puerta al entrar a su cuarto. Al verse libre lanzó un profundo suspiro como para dilatar su corazón oprimido. «¿Qué me dirá en esta carta?» se preguntó; pálida de emoción, se recostó en un canapé, abrió la carta que su hermana le había dado y leyó:

«Mi adorada Adriana.

»Creo que en adelante me será muy difícil verte y hablarte, y por eso te escribo. Tengo muchas cosas que decirte. Quiero consolarte y, si es posible, consolarme.

»¿Quién ha podido decir anoche a tu madre que yo estaba en casa de Vds.? Alguien ha debido de prevenirla para que haya entrado y pasado por en medio de todas Vds. sin decir una palabra, yendo directamente, como lo hizo, a la recámara en que yo me hallaba oculto. Al verla entrar en la oscuridad creí que eras tú que venías, y salí a su encuentro. Mi sorpresa fue terrible. Todos queríamos evitarle un momento de disgusto escondiéndome al saber que volvía, y la fatalidad quiso que le procuráramos una noche de irritación, de imprecaciones y de siniestras dudas que, lo comprendo, son crueles y desesperantes para el corazón de una madre.

»Tú sabes que nada de lo que me dijo D<sup>a</sup>. Inés puede ser cierto. Sólo tengo veinte años, y apenas hace catorce meses que me separé de mis padres y salí de mi provincia para venir a Lima con mi batallón. ¿Quién le ha dado tan absurdos informes sobre mi persona? Por eso, todo mi empeño fue explicarle ingenuamente lo inocente de mi presencia en su casa y en tu cuarto.

»Yo soy tal vez un poco candoroso al hablarte, Adriana, de cierto género de sentimientos; pero en todo hombre hay dos seres, uno para la mujer que ama, otro para los que nos rodean. Mi sueño ha sido siempre amar una virgen bella, pura, tierna, angelical como tú; yo no me he dejado arrastrar como casi todos los jóvenes, que entregan su corazón a la primera mujer hermosa que les abre el seno para recibirlo. Yo no he conocido hasta ahora sino la vida de familia y apenas conozco la vida de cuartel. En medio de las tentaciones fugitivas, yo he conservado mi corazón virgen y entero para el ideal de mis sueños.

»Ese ideal eres tú. Todo el amor de mi vida acumulado para ese ideal se ha reconcentrado en ti. Yo te amo con la pasión y el delirio ardiente de una juventud que ha vivido contenida y que se desborda. Este amor es verdadero, porque no sólo nace del sentimiento sino de la reflexión que te fortifica y te bendice. Nadie ni nada podrá arrancarlo de mi corazón. Si tú me amas, ámame de la misma manera, es decir, con todo el sentimiento de que eres capaz.

»Tú conoces mis proyectos; mi único deseo es el de avanzar en mi carrera y el de volver a ver a mis padres antes de que se cumpla el término de que te he hablado. Yo haré todo lo posible para lograr ambas cosas. ¡Esperemos en Dios!

»He sentido la necesidad de escribirte, y me he puesto a hacerlo para desahogar mi dolor. En tus horas de desaliento y de desesperación tú recordarás tal vez esta carta, y leyéndola de nuevo tendrás fe en mi palabra y te consolarás de tantas amarguras.

»Entretanto no te impacientes; cuando hayan pasado algunos días, procuraré verte sin que nadie se aperciba de ello; yo mismo te prevendré o te haré prevenir de antemano para que nos hablemos aunque sean dos minutos.

»Son las dos de la mañana. Estoy de guardia y te escribo en la prevención. Me hallo bajo las vivas impresiones de la primera noche y aún te veo delante de mí, sentada en una silla y cubierta de lágrimas. Los gritos sucesivos de los centinelas resuenan a cada momento en los patios del cuartel, y por una extraña fantasía me parece que cada uno de esos gritos dijera: '¡Adriana!' Las voces, cada vez más lejanas, encuentran su último eco en mi corazón.

»En la mañana iré a entregarte o a entregar a una de tus hermanas esta carta; será la última vez que entre a tu casa. Me atreveré a hacerlo para que no vayas a suponer por un instante, que estoy dispuesto por mi parte a que nuestros amores tengan un término, como tu madre manifestó anoche la voluntad y lo repitió cien veces.

»Adiós. No olvides que te amo con toda la ingenua efusión del niño al mismo tiempo que con la ardiente pasión del hombre.

EDGARDO.»

Éstas eran las primeras palabras escritas que mediaban entre los dos enamorados: ésta era también la primera carta de amor que Adriana recibía en su vida; tal vez era al mismo tiempo la única que Edgardo había escrito hasta entonces o al menos la primera que escribía con todo su corazón.

Cuando Adriana acabó de descifrar línea por línea las cuatro, páginas de esta carta, casi incomprensible por lo confuso y tembloroso de la letra, anudando lentamente cada frase a la anterior para darse cuenta completa de su sentido, la bella y enamorada joven se sintió contenta. Sus ojos recorrieron dos o tres veces más las líneas en que el joven militar hablaba de la intensidad y de la constancia de su amor. Edgardo había tenido en realidad una idea tierna y delicada al consignar por escrito en un momento de dolor para ambos los sentimientos de que tantas veces había hablado a su amada y que formaban para ella el

encanto más atractivo de este amor. Pero Adriana no se detenía a explicar el regocijo interior que experimentaba; su emoción era vaga, dulce, indefinible como la primera ebullición de la sangre en el corazón de una virgen.

La carta de Edgardo encerraba como un soplo ardiente de todo lo que esa noche pasaba en su espíritu. ¿Quién no ha pensado jamás en las emociones de una joven casta, inocente, sencilla, al leer en la soledad de su cuarto y en el recogimiento buscado la primera carta de amor, tierna y febrilmente escrita con todo el ardor de los veinte años? Adriana dejó asomar a sus labios una sonrisa de felicidad secreta, y se quedó pensativa y sonriendo con la carta en la mano:

-¡Mis flores! -dijo de repente, algunos minutos después, viendo sobre la cómoda un ramo de alhelíes, de dalias y de rosas blancas que había comprado en la mañana al pasar con su madre por el mercado de Santo Tomás. La joven desató el ramo y se puso a separar con sus manos de niño las ramas secas o ajadas. En seguida tomó un jarro de porcelana ordinaria, pintado de colores diversos, y comenzó a depositar en él las flores una a una. Al colocar este jarro coronado de frescos alhelíes, de rojas dalias y de blancas rosas en medio de la cómoda, un poco hacia el fondo, delante de una imagen de Nuestra Señora de los Dolores suspendida a la pared, se hubiera podido dudar si Adriana lo hacía indiferentemente o si esa era una ofrenda que encerraba un pensamiento secreto.

Por un descuido inexplicable, pero frecuente en iguales circunstancias, Adriana olvidó, al salir a trabajar, la carta de Edgardo bajo la almohada de su lecho. Al sentarse, se acordó de ella y retrocedió precipitadamente. Dudando en medio de su dormitorio, pensó un momento en el lugar donde podría ocultarla con mayor seguridad. Decidiéndose al fin, la llevó a sus labios y la escondió cariñosamente en su seno, como una reliquia que debía devolverle la alegría o como una caricia anticipada y deseada de su joven amante.

- III -

La familia Lorbeza se instaló en su nuevo departamento y hacía ya algún tiempo que habitaba en él. Brígida, la obesa ama de llaves, no cesaba de admirar su aseo, su compostura, su orden en las distribuciones interiores de familia y sobre todo su moralidad irreprochable. El bondadoso propietario estaba encantado, por su parte, de la conducta y de la vida laboriosa de sus nuevas inquilinas.

El carácter jovial del señor Arasnegui y sus derechos naturales de propietario y vecino lo hicieron sin esfuerzo el amigo cotidiano de la casa. Esta amistad parecía hacérsele cada día más agradable. Hasta las buenas maneras y atenciones que cada una de las niñas se esmeraba en usar para con él, halagaban su amor propio y le complacían. Brígida había llegado a alarmarse. Nunca se recogía por la noche sin entrar a la sala de sus vecinas, y estas visitas eran ya un hábito regular. Antes de acostarse, D. Julián pasaba una o dos horas de conversación con sus amigas, o para explicarme con más precisión, haciendo reír con sus chistes e historias una o dos horas a sus amigas, y esto al resplandor de una escasa luz y

en medio de las piezas de tela y de los objetos de costura que ellas no podían abandonar un solo instante.

Algunas semanas después que la familia Lorbeza había ido a vivir a su nueva casa, D. Julián la había invitado una noche a tomar té en su departamento. Por un acto natural en que se unían la confianza y la vanidad del hombre acomodado, el señor Arasnegui hizo esa noche, como por un incidente de la conversación, que la familia visitara todas las piezas de su departamento. La viuda y las niñas satisfacían en esta visita una curiosidad bien natural de su parte. Don Julián las acompañaba con la luz en la mano y les mostraba cada uno de los muebles y de los objetos que podían llamar su atención. Al salir de un cuarto que podía calificarse de biblioteca o de estudio para entrar en la sala, D<sup>a</sup>. Inés y las otras dos hermanas, deseosas de descansar, se habían apresurado a atravesar la puerta. Mientras tanto Adriana se había quedado contemplando un antiguo y empolvado retrato que representaba una noble bisabuela de D. Julián en cuerpo entero y ricamente vestida a la Luis XIV. En el rápido instante en que la bella joven y el propietario quedaron solos, el señor Arasnegui se colocó ante Adriana y contemplándola con una mirada entre tierna y embarazada, le dijo con una voz temblorosa esta galantería de viejo, o mejor dicho, esta galantería de niño:

-Así es como yo quisiera tener a la bella Adriana.

Las mejillas de la joven se coloraron súbitamente como la grana; él hizo un movimiento indeciso para detenerla, pero ella avanzó huyendo hasta la puerta.

¿Por qué no decirlo cuanto antes? Al mes y medio, el señor Arasnegui estaba perdidamente enamorado de Adriana. ¿Con qué intención? No lo podríamos asegurar. El afable propietario se decía que, en todo caso, la constancia y las atenciones vencerían todos los obstáculos y le abrirían al fin un resquicio en el corazón de la bellísima doncella. D. Julián no dejaba de contar en el fondo con la pobreza, el desamparo y el aislamiento de la familia. No tenía pues por qué apresurarse y debía dejar tranquilamente obrar al tiempo y a la familiaridad. Pero su inclinación por Adriana fue llegando poco a poco a los límites de la pasión, y vino un día en que se sintió capaz, si las circunstancias lo requerían, de todos los sacrificios que se le exigieran.

Las vecinas no eran visitadas sino por una que otra mujer que solía llevarles costura y por uno o dos ancianos más indigentes que ellas mismas. La ausencia de todo galán dejaba al señor Arasnegui dueño absoluto del tiempo y de las ocasiones y le inspiraba una tranquilidad completa. La sospecha de un rival estaba muy lejos de su espíritu, y todo, excepto la frialdad de la joven amada, halagaba sus ardientes y risueñas esperanzas.

Las crueles emociones del desaliento y de los celos no habrían dejado sin embargo de venir a turbar la calma del señor Arasnegui, si la pasión le hubiera inspirado un poco de cautela y si hubiera podido ver lo que pasaba casi todas las noches en el instante en que, después de salir de las habitaciones de sus vecinas, la madre y las hijas se preparaban para acostarse. Adriana había tomado la costumbre de cerrar ella misma las celosías y los portillos de la ventana de reja. La joven esperaba regularmente que D<sup>a</sup>. Inés estuviera en cama y que sus hermanas se encontraran distraídas. En el mismo momento en que Adriana llegaba al apoyo de la ventana y removía las celosías con cierta inquietud, inclinándose

hacia fuera como para arrojar a la calle una mirada indiferente, la figura de un hombre cubierto de una capa, visiblemente disfrazado, y al parecer joven y gallardo, se hallaba casi todas las noches de pie cerca de la ventana. El joven se avanzaba hacia la reja.

-¡Adriana!

-¡Edgardo! -exclamaban a un mismo tiempo dos voces ahogadas. Los dos amantes atravesaban unas cuantas palabras que decían todo lo que deseaban, o que, más bien, no decían nada de todo lo que ellos hubieran deseado. La blanca mano de la joven salía como desprendiéndose al través de los hierros. Edgardo, que apenas se atrevía a estrecharla entre las suyas, volvía la cara a todas partes para asegurarse de si la calle estaba sola. El ruido imperceptible de un beso sonaba y moría entre el marfil de la mano y los labios del joven oficial. Un minuto después, sólo se oía en la calle el ruido de una ventana que se cierra y los pasos ligeros de un hombre que se aleja.

D<sup>a</sup>. Inés, que seguía ávidamente cada una de las demostraciones de D. Julián, veía con un gozo mal disimulado la inclinación decidida del propietario por la más bella de sus hijas. La buena anciana no podía suponer ni por un instante un pensamiento siniestro de parte del antiguo amigo de su marido, y se imaginaba que su pasión por Adriana le haría poner un término a su vida de soltero. Los cuchicheos con Carmen y una que otra palabra de consejo o de prevención a la misma Adriana revelaban claramente los sueños de la señora. Nada es más fácil que creer lo que se desea, y el corazón de una madre es doblemente crédulo.

Las cosas se hallaban en este estado, cuando un incidente imprevisto y casual vino a turbar la paz de esta familia. D<sup>a</sup>. Inés cayó gravemente enferma; una afección al hígado, que se dejaba presentir hacía algunos años, estalló de una manera violenta: las crisis se habían reproducido de tiempo en tiempo; pero esta vez el médico de la casa declaró en peligro la vida de la paciente, y la necesidad de una consulta. Inútil es decir que esta declaración infundió la alarma y el pesar en el corazón de las hijas. Los médicos se multiplicaron, y en dos o tres días el movimiento de la casa tomó el aspecto lúgubre del interior de familia en que se cuida tierna y escrupulosamente un enfermo, rodeándolo de tranquilidad, de silencio y de medias sombras.

Las dos hermanas mayores se sintieron profundamente atribuladas ante el contratiempo que les sobrevenía. Pero ambas se comprometieron a redoblar sus esfuerzos para el trabajo y para acudir a su madre con todas las atenciones que les imponía el carácter peligroso de la enfermedad y su deber de hijas. Hasta la tierna Eduvigis, débil criatura de catorce años, tomó parte en los cuidados y en los insomnios a la cabecera de la enferma. Se convino en que cada una velaría una noche alternándose regularmente. Las tres rivalizaban en solicitud, en tacto y en prevenciones delicadas. Si hay alguna vanidad santa sobre la tierra, es sin duda la de esas pobres mujeres de cierta edad y la de esas hijas de familia que hacen consistir todo su amor propio en saber cuidar un enfermo, es decir, en cumplir la más bella misión de misericordia y de amor, llevando un alivio al cuerpo que sufre, un consuelo al espíritu que se amedrenta y una esperanza a la vida que muere.

Las tristes impresiones que la rodeaban, las penalidades y la fatiga natural de las vigiliass estaban un tanto compensadas para Adriana, por emociones de otro género. Las noches en

que la amada de Edgardo no velaba, las conversaciones con el joven oficial al través de la ventana se prolongaban más que de costumbre, o Edgardo venía en lo avanzado de la media noche y pasaba al pie de la reja una o dos horas.

La tierna leyenda de Julieta y Romeo se reproduce y se reproducirá en todas partes y en todos los siglos. Donde quiera que haya una virgen delirantemente apasionada, un galán osado y un obstáculo entre ambos, el amor buscará siempre las sombras de la noche y una reja o un balcón y una escala de seda. El más irresistible encanto del amor es el peligro; en estas aventuras el galán expone a veces la vida, la doncella expone siempre su honra. La abnegación del ser amado es la suprema aspiración del ser que ama. Estos dramas de amor pasan también en Lima, cuando el sueño, la tranquilidad y las tinieblas envuelven la ciudad con su lúgubre manto. En el misterio de la media noche, al resplandor escaso de un cielo negro salpicado de estrellas, o al de las luces pálidas y tristes de las calles, al pie de sus campanarios sombríos, en un rincón de sus avenidas solitarias hay una reja abierta y dos amantes que velan. Todo parece dormir inmóvil, y los dos amantes, que observan un momento en medio del silencio solemne y sepulcral, sólo escuchan el murmullo tímido y sonoro de las débiles aguas de la calle y los pasos mareados del sereno, cuya figura solitaria, se ve pasar a lo lejos.

Bajo estas circunstancias tenían lugar las citas nocturnas de Edgardo y Adriana. Estas conversaciones eran regularmente tranquilas; pero los corazones palpitantes y enamorados de los dos jóvenes se precipitaban a veces y latían por momentos contra los hierros fríos e inmóviles de la reja, que Edgardo maldecía.

En una de estas conversaciones Edgardo dijo a Adriana:

-Tengo una mala noticia que darte.

-¿Cuál?

-Hoy me han destinado a un nuevo batallón; dentro de cuatro o cinco días debo partir para el Callao.

-¿De veras?

-No dudes. Según creo, debo embarcarme de guarnición en un buque de guerra; si es así, mi único consuelo será la esperanza de que el buque en que me embarquen vaya pronto al Sur y que esto me procure la ocasión de ver a mis padres.

Mientras tanto el estado de D<sup>a</sup>. Inés se prolongaba y empeoraba visiblemente. Los médicos habían hablado de la necesidad de administrarle los últimos auxilios religiosos. Las hijas no cesaban de trabajar día y noche para poder subvenir rigurosamente a los gastos de la enfermedad; las pobres muchachas casi no dormían. La vida de Adriana estaba absorbida por un trabajo incesante, por las vigiliyas y por las emociones de sus entrevistas amorosas. La fatiga la había hecho enflaquecer, pero la misma flacura hacía resaltar lo grande de sus ojos y lo negro de sus cabellos, embelleciéndola más sin desfigurarla.

En la existencia normal de esta familia, las ocupaciones se hallaban distribuidas de una manera regular. D<sup>a</sup>. Inés era naturalmente, como la persona de mayor representación, la encargada de llevar todas las noches los objetos de costura terminados durante el día a casa de la modista o de alguno de los dos o tres sastres que les procuraban trabajo; la madre volvía con el trabajo que se les confiaba para el día siguiente y con el salario ganado. Desde que D<sup>a</sup>. Inés había caído enferma, Carmen se había encargado de reemplazarla. Como el trabajo se multiplicaba, las idas y venidas, se multiplicaban también. Carmen tuvo un día un fuerte altercado con la modista y prometió no volver donde ella; la hermana mayor encomendó a Adriana esta parte de su tarea, suplicándola encarecidamente que la aceptara.

En la misma entrevista en que Edgardo comunicó a Adriana la noticia de su próxima ausencia, Adriana impuso a Edgardo del incidente que acabamos de relatar. La joven agregó que era probable que desde el siguiente día fuera todas las noches de siete a ocho, sola tal vez, probablemente acompañada, a casa de la modista. Bastaron estas palabras, hijas de la indiscreción más inocente, para que Edgardo propusiera a Adriana esperarla en su camino, rogándola que procurara salir sola. ¡Qué felicidad la de verse un instante libres y sin obstáculos y la de conversar a su deseo caminando juntos unas cuantas cuabras! Edgardo hizo esta propuesta sin ningún pensamiento oculto y hasta con cierto candor. El apasionado amante olvidaba que los malos pensamientos vienen por sí mismos a la hora en que pueden realizarse. El joven oficial invocó los pocos días que les quedaban para verse, insistió con pasión y concluyó por triunfar de los buenos instintos del ángel.

A la noche siguiente, Edgardo esperó a Adriana en el lugar convenido; la joven había salido sola. Adriana debía ir desde una de las últimas calles que se hallan en la línea lateral de San Agustín y San Sebastián hasta la antigua calle de Ayacucho. El joven oficial la acompañó a la ida y a la vuelta durante casi todo el trayecto, y la amada de Edgardo, al volver a su casa, entró contenta, sonriendo y dispuesta a las fatigas de la vigilia.

A la noche siguiente, Adriana y Edgardo recorrieron el mismo camino. Adriana no tomó esta vez para volver a su casa el camino más corto, y cuando llegó a ella era más tarde que la noche anterior. Su espíritu se encontraba sin embargo tranquilo, y se entregó a los quehaceres que la esperaban con el rostro como iluminado por una íntima alegría.

A la tercera noche, Adriana salió de la casa precipitadamente en el momento en que los médicos acababan de llegar y en que, alarmados por el estado de la enferma, parecían consultarse sobre alguna determinación grave y urgente que debían comunicar a la familia. Esta noche la joven volvió mucho más tarde aún. Edgardo la acompañó hasta una calle excusada, próxima a la casa, y se despidió de ella con más ternura que de costumbre. Adriana se separó de su amante triste y descontenta, con una impresión de amargura contra él y de despecho contra sí misma. Cuando la joven dobló la esquina y dirigió una mirada hacia la calle oscura que habitaba, se ofreció a sus ojos el espectáculo más inesperado. Un grupo de personas que a lo lejos parecían enlutadas y unos cuantos faroles sostenidos en alto por algunos hombres y muchachos se hallaban estacionados en la puerta de su casa. En este instante el sonido lúgubre y agudo de la campana de nuestro Amo se desprendió de en medio del cortejo sombrío. La joven lo comprendió todo y se sintió aterrada.

Interrogándose como con un relámpago de pensamiento si eran posibles tantas desgracias en una sola hora, precipitó sus pasos para cerciorarse de lo que pasaba. La sangre huía de todo su cuerpo, y si hubiera podido darse cuenta de sus impresiones se habría creído caminando en el vacío. Nosotros no podemos decir todo el terror que hubo en ese minuto en el alma de la joven; el fúnebre aspecto de la casa pesó sobre ella como la bóveda de un sepulcro.

Cuando Adriana llegó a la puerta de la sala, el sacerdote revestido salía del cuarto de la enferma con las manos sobre el pecho y murmurando una oración. Adriana se hizo a un lado, cayó de rodillas, lívida y espantada, y lo vio pasar como en un sueño.

Un instante después, la joven se levantaba sostenida por sus dos hermanas para llorar con ellas. El pañuelón, desprendido de sus sienes y sostenido sólo por los hombros, había dejado descubierta su cabeza, o por mejor decir, el busto de su hermosa cabeza descompuesto por la emoción e iluminado por el dolor, parecía surgir de entre los pliegues del pañuelón. Pálida como un cadáver, las facciones contraídas, azorada, los ojos cubiertos de lágrimas, la boca entreabierta, fue a sentarse en el ángulo retirado de un sofá. Adriana permaneció largo tiempo en ese sitio con los ojos fijos en el suelo, por momentos sollozando y por momentos silenciosa.

Sus hermanas alarmadas le preguntaron:

-¿Qué tienes?

-Me siento enferma de cansancio.

Carmen y Eduvigis atribuyeron en efecto todo el quebranto y lo desencajado de su fisonomía a las impresiones súbitas que acababa de recibir. Ambas la rogaron que se recogiera y descansara durante toda la noche.

La desfigurada joven se encaminó a su cuarto sin atreverse a entrar al de su madre moribunda.

Adriana se acostó esa noche agobiada por el remordimiento de haber agregado a la desgracia que amenazaba sobrevenirle con la muerte de su madre, la más cruel desgracia que puede sobrevenir a una familia honrada. En el silencio y en la tranquilidad de su lecho, se llevaba al rostro las manos como para ocultarse a sí misma todo el horror de su conducta.

El demonio sombrío de la fatalidad había permitido esa noche una coincidencia horrible e inverosímil. La premeditación no tenía sin embargo la más leve parte en la conducta de Adriana. El mágico relámpago de la tentación había herido su espíritu ante las fervientes súplicas de Edgardo arrodillado a sus pies. Devorada por el dolor, ella misma no podía darse cuenta de la manera cómo, a pesar de la sinceridad de sus juramentos y de la energía de sus propósitos, había llegado hasta el delirio del crimen. Las faltas de este género no se preparan ni prevén. Se cometen, se lloran, y por término cruel e infalible, se expían siempre.

- IV -

Edgardo Arceles era un gallardo mancebo moqueguano de veinte años. Su padre, antiguo capitán de ejército, había abandonado el servicio militar en una de las grandes catástrofes de nuestras armas nacionales, retirándose a vivir con su mujer y su hijo como administrador de una pequeña hacienda en el valle de Moquegua.

Si hay algunos hombres que hayan conservado vivas y profundas las impresiones de las violentas vicisitudes del país, son sin duda los que presenciaron o tomaron parte en ese instante de agitación sangrienta y febril de nuestra historia que se llama la época de Salaverry. Si hay también en nuestras leyendas nacionales algún caudillo que haya dejado un culto secreto en el corazón de los que le amaron o ayudaron con su espada, es el mismo Salaverry. Las balas del enemigo se habían cruzado silbando sobre la frente del capitán Arceles en el puente de Uchumayo. La topografía y las evoluciones sangrientas de Socabaya se hallaban impresas en su memoria como si estuviera aún en los instantes supremos del combate. El apasionado salaverrista no podía hablar de ese día sin emociones y sin lágrimas. Desalentado y sin esperanzas en el porvenir de la patria, simple capitán después de largos años de servicio, habiendo abrazado la carrera por casualidad en una asonada del pueblo, sin relaciones ni influencia personal, al verse prisionero después de la jornada de Socabaya, se había decidido a abandonar una carrera ingrata a todas sus aspiraciones; y escribió en este sentido a un hermano suyo que vivía en Moquegua, consagrado a la elaboración y al comercio de aguardientes. Felizmente la fortuna de este hermano, aunque escasa, se hallaba en vía de prosperidad. Su hermano vio con placer esta ocasión de serle útil y le propuso encomendarle un pequeño fundo de viñas, que él administraría y cuyo producto compartirían entrambos. El capitán Arceles aceptó sin vacilar, se reunió a su mujer y a su hijo y fue a vivir en el trabajo y en la oscuridad, contento con el cargo de dependiente o mayordomo de su hermano y en una medianía que apenas sobrepasaba los límites de la pobreza.

Las primeras impresiones de la infancia forman y formarán siempre los sentimientos del hombre. El laborioso hacendado, en cuyo pecho latía aún el corazón del antiguo militar, había hablado siempre a su hijo de la patria como de un deber y de una religión, no como de un ente extraño reducido a un mal gobierno y a una administración desorganizada. Aunque el joven provinciano había pasado dos años en el colegio de la Independencia de Arequipa, su verdadera educación la había hecho en los gustos de la vida del campo y de la hacienda. En medio de esta vida libre e inocuada, Edgardo había oído mil veces a su padre contar a algún amigo, ya en una agradable sobremesa, ya en el corredor de la casa de la hacienda, al caer la tarde, los recuerdos vivos y coloridos de su vida militar. La imaginación del niño se apasionó por la existencia aventurera del soldado. Las penalidades del cuartel, los azares de la campaña y las emociones terribles del combate deslumbraron y arrebataron su espíritu. Los sueños del niño se hicieron una vocación en el joven. El viejo capitán había combatido siempre este pensamiento; pero el padre quería ante todo separar a su hijo de la vida de holganza que llevaba en la hacienda, y no había esperado sino que alcanzara la edad del trabajo serio para hacerlo árbitro de sí mismo entregándolo a sus propios esfuerzos. Edgardo acababa de cumplir diez y nueve años cuando llegó a Moquegua un cuadro de

oficiales que se enviaba de Lima para levantar un batallón. La milicia no sólo era una vocación en el joven Arceles, ni es sólo una de las carreras más caracterizadas entre nosotros: ella es también la de más pronto y menos difícil acceso, sobre todo en ciertas épocas. El cuadro de oficiales había resultado incompleto. La ocasión era propicia y fue necesario decidirse. El joven obró con tenacidad y resolución, y merced a las relaciones y empeños de su tío el negociante, alcanzó una plaza de alférez en el batallón que se organizaba. Edgardo ciñó al fin la espada de oficial, no sin cierta repugnancia por parte de sus padres.

Estos no consideraban la entrada de su hijo en la carrera de las armas como una resolución seria y definitiva. A sus ojos, Edgardo sólo había tomado servicio como por ensayo. Suponían que las fatigas y las privaciones lo desencantarían de la vida de soldado y que tarde o temprano abandonaría esa carrera, como la había abandonado su padre. Hasta cierto punto era así. Una circunstancia muy especial que se relacionaba con el destino del joven había venido a dar este carácter de transitoria a la profesión que había abrazado.

La familia del negociante Arceles habitaba la ciudad misma de Moquegua y se componía de los padres y cinco hijas. La mayor de las hijas había nacido con una deformidad física, notable a primera vista. Esta circunstancia había influido desgraciadamente en su desarrollo moral, causándole cierta lentitud en el ejercicio de las facultades intelectuales y cierta simplicidad de pensamiento. El embotamiento de inteligencia de la joven estaba sin embargo muy lejos de confundirse con el idiotismo; al verla por primera vez en sociedad, se la habría tomado por una persona sumamente discreta, que no pronunciaba una sola palabra por vergüenza o por no atraer las miradas sobre la deformidad que llevaba consigo; tratándola un poco, no se encontraba en ella sino un ángel de candor y de bondad. Los ejemplos de estas personas no son raros, y la familia que no los cuenta en su seno ignora su propia dicha.

El antiguo hacendado y negociante había visto nacer todas sus hijas en una gran hacienda de su propiedad, que trabajaba él mismo casi en los suburbios de Moquegua; pero la necesidad de pensar formalmente en la educación de las niñas procurándoles profesores adecuados e inteligentes, lo había decidido a cambiar de residencia y había ido a establecerse en la ciudad. Esto no le impedía dirigir y vigilar personalmente todos los días las labores de su hacienda. Edgardo, desde que había llegado de Arequipa, había establecido la costumbre, por vía de distracción y de interés afectuoso entre las familias, de ir a pasar todos los domingos y días de fiesta a Moquegua, aprovechando así de la residencia de sus parientes en la capital de la provincia. El joven salía de la pequeña hacienda X\*\*\* el sábado en la tarde, pasaba el domingo en casa de su tío y regresaba el lunes. El tío aprovechaba frecuentemente de la presencia de su sobrino para que diera su opinión sobre el adelanto de las niñas, y de vez en cuando Edgardo consagraba algunos instantes del día a hacer preguntas a sus primas sobre las materias que estudiaban y a escribir o leer junto con ellas. Estas relaciones, agradables siempre entre dos jóvenes, la proporción de su edad y la compasión que inspira sin esfuerzo la desgracia inmerecida, había creado en Edgardo una familiaridad preferente, tierna y sincera hacia la mayor de las niñas. Edgardo estaba bien lejos de amar a su prima ni de pensar en amarla; pero la desdichada joven había traducido de una manera equivocada, aunque en secreto, esta preferencia del bello mancebo. Los padres se apercibieron poco a poco de esta inclinación

de su hija mayor, doblemente querida para ellos, y más de una vez sorprendieron algunas lágrimas en sus ojos. El primer pensamiento que les vino fue el de alejar a Edgardo. Como éste había hablado de su deseo de entrar en el ejército, el tío tomó el asunto a su cargo, puso todo empeño y consiguió, como sabemos, lo que el sobrino ambicionaba. Cuando la joven se impuso del propósito de su primo y de su probable separación, los suspiros, las lágrimas y los síntomas de desesperación redoblaron. Los padres se amedrentaron a la idea de la influencia moral que esta crisis podía tener en la delicada organización de su hija. Sus angustias fueron crueles. Consultándose en medio de estas tribulaciones íntimas, el dolor les hizo concebir un proyecto que al mismo tiempo que les devolvía la tranquilidad, satisfaciendo las esperanzas de la joven, podía constituir un porvenir dichoso para Edgardo y conciliar la prosperidad de ambas familias. Todo esto se pasaba en los días en que existía aún la duda de si Edgardo recibiría o no el título de alférez.

Los padres de la apasionada joven montaron un día a caballo y fueron a la hacienda administrada por el viejo capitán. A noticias de éste había llegado ya la decidida inclinación de su sobrina por su hijo. Los primeros propusieron al segundo, en una conferencia tierna y familiar, casi de improviso, y con la mayor franqueza, casar a los dos primos. Edgardo se haría cargo de la gran hacienda situada en las cercanías de Moquegua e iría a habitar en ella con su mujer. El padre de la joven, agobiado por la edad y por las fatigas constantes, se retiraría del trabajo activo y se entregaría a una vida sedentaria. El yerno no daría al suegro sino una reducida parte de los productos de la hacienda, lo cual unido a sus demás rentas bastaría a la familia para vivir cómoda y desahogadamente. El antiguo capitán aceptó la proposición con una efusión de verdadero júbilo, pero declaró al mismo tiempo a su hermano que su hijo era aún demasiado joven y un poco inocente para casarse, y que, ante todo, era necesario consultar la voluntad de Edgardo, sin la cual nada podía decidirse.

Edgardo conoció a primera vista la inmensa alegría que esta proposición había causado a sus padres. El sentimiento de sumisión y de complacencia filial, cuando se vive en el fondo de una provincia y en el recogimiento del hogar, es más vivo que cuando se habitan las grandes ciudades. Este deber de obediencia a la voluntad de sus padres; la piedad natural hacia la extraña desgracia de su prima; el afecto sincero de familia; cierta ternura contemplativa por el alma bella, candorosa y casi santa de la joven; la perspectiva de un porvenir garantido contra las eventualidades del destino; todos estos sentimientos, reunidos en un solo impulso del corazón, hicieron pronunciar al seductor involuntario una palabra de asentimiento. En esta respuesta, dada después de largas reflexiones, se reconocía toda la ingenuidad de alma y toda la inocencia del joven provinciano. Educado bajo ciertas inspiraciones, el matrimonio no era para él sino una acción grave y regular de la existencia de todo hombre. Edgardo no había tenido nunca ocasión de amar una mujer, o mejor dicho, nunca se había encontrado en presencia de una mujer a quien pudiera amar; no conocía su propio corazón e ignoraba que a todo hombre le llega su hora de atracción irresistible, de amor y de delirio. El joven manifestó sin embargo, de acuerdo con su padre, la voluntad de no casarse inmediatamente y de esperar algún tiempo.

Esta condición hizo que las cosas terminaran por arreglarse, con gran contento de ambas familias, de la manera siguiente: Edgardo tomaría servicio, como lo solicitaba, en el batallón que se organizaba en la provincia y partiría con él. Dos o tres años de vida militar le darían más edad, más mundo, y le harían conocer por experiencia propia si la carrera

militar era realmente la de su vocación. Pasado ese tiempo el joven oficial regresaría a casarse con su prima. Si se decidía a abandonar la carrera de las armas tomaría al casarse posesión de la hacienda, realizándose entonces en todas sus partes la propuesta primitiva de su tío. Este arreglo, que halagaba las aspiraciones de todos, fue sometido a la joven, quien se dio por satisfecha de la perspectiva de una felicidad que apenas se atrevía a esperar. La palabra fue formalmente empeñada entre los padres y los hijos. Pero este arreglo, más que un convenio solemne, era un proyecto halagüeño de familia. No hubo en él ni la severidad ni la regularidad de un acto grave y conminatorio, circunstancias que no permiten en tales casos ni los hábitos de parentesco ni la educación moral de nuestra sociedad.

Con esta risueña y eventual perspectiva llegó Edgardo a realizar el sueño ardiente de entrar a servir en la carrera de las armas, y tales eran las impresiones bajo las cuales había salido de Moquegua, trayendo consigo la inquietud y la bendición de sus padres, que le amaban con idolatría.

El batallón del subteniente Arceles llegó a Lima en una alegre mañana del mes de octubre de 1851. Edgardo atravesó las calles entre sus filas mirando a todos lados con la curiosidad del que entra con impaciencia en un país que desea conocer. Al ruido de la música militar, los niños, las señoras y los criados salían a las puertas y a las ventanas para ver pasar el batallón. La imaginación del alférez moqueguano comparaba el aspecto general de la ciudad al de las poblaciones de donde venía, y al ver esos grupos de familias, esos rostros risueños que, reconociendo en él a primera vista un joven forastero, lo miraban pasar con simpatía y curiosidad, sus recuerdos se volvían tierna e involuntariamente hacia el hogar paterno y hacia todas las caras afecciones que había dejado tan lejos.

Como era natural, los sentimientos de este género, es decir, los sentimientos de familia, hicieron sufrir cruelmente al joven en este viaje. El recuerdo de la casa y de los hábitos domésticos dominaba todas sus impresiones. Edgardo correspondía con una efusión profunda a la ternura de sus padres; pero sentía especialmente por su madre una adoración viva y ciega. Al contemplar el vacío infinito en que nos sumergen los primeros momentos de separación del país natal, la memoria de su madre fue su único consuelo. La de su prima no ocupaba en su espíritu sino un término secundario. Pero el recuerdo maternal fue tomando cada día en el corazón del hijo una influencia tan poderosa, que llegó a convertirse para él, no sólo durante los primeros días de alejamiento sino para siempre, en un culto íntimo, ardiente y secreto. Toda idea de bien se realizaba en su alma con el recuerdo de la que le había dado la vida y la traía fatalmente a su memoria. El nombre de su madre constituía para Edgardo como un amuleto sagrado e irresistible. En sus labios era una plegaria, y en sus oídos una palabra mágica que en cualquiera circunstancia de su vida hacía revivir todos los buenos sentimientos en un solo latido de su corazón.

- V -

Activo, alegre, gracioso, inteligente, Edgardo Arceles podía ser considerado como muchacho fascinador. Su estatura era más alta que baja; su talle delgado y flexible; su actitud desembarazada y resuelta; sus ojos grandes y pardos; su cutis tostada pero de un

color suave, unida, inalterable; sus cabellos negros y espesos. La barba, un poco precoz, contrastaba con el brillo de su fisonomía iluminada aún como por el último reflejo de la niñez. El gallardo moqueguano llevaba la espada con cierta altivez no fingida. Reservado y serio antes de conocer a las personas, expansivo y sincero cuando adquiría un poco de confianza, fácil le fue granjearse la amistad de sus compañeros de armas. Estos habían notado a primera vista en su carácter una mezcla de candor sentimental y de energía varonil; lo primero le había atraído la simpatía de muchos y lo segundo la estimación de todos. Como militar cumplía rigurosamente su deber, hallándose siempre dispuesto para todas las fatigas y todos los incidentes del servicio. Al cabo de un año sus jefes lo consideraban como uno de los oficiales más expertos, decididos y dignos de confianza. Cuando en los corrillos de oficiales que, como de costumbre, se formaban a cada instante en el cuartel se promovía una conversación que llegaba a interesar los espíritus, Edgardo solía tomar la palabra y en medio del silencio de sus compañeros hablaba tres o cuatro minutos atropelladamente, casi siempre con acierto y siempre con cierta lucidez que le daba la pasión. Esta elocuencia desordenada de corrillo había dado origen a que los demás oficiales lo llamaran de vez en cuando y como por broma «el orador».

Al salir de su país natal, el joven moqueguano había recibido algunas cartas de recomendación para dos o tres personajes, paisanos suyos, residentes en Lima. Estas cartas eran para individuos que más podían proteger al nuevo alférez que procurar al desconocido extranjero las atenciones y cuidados de familia. Edgardo se presentó una o dos veces en casa de ellos; pero sus familias, como sucede frecuentemente en estos casos, lo recibieron con cierta etiqueta que él tradujo por frialdad u orgullo. Encerrado casi siempre en el cuartel, el alférez Arceles no tenía más amigos que los oficiales de su batallón, y exceptuando este doble centro de ocupación y de amistad, podía decirse que vivía en Lima en el completo aislamiento del extranjero.

Al declinar el verano de 1852 ocurrieron en Lima los primeros casos de una enfermedad desconocida. Eran los precursores de esa terrible epidemia de fiebre amarilla que dos años después debía sembrar el terror y la muerte en el corazón de nuestras familias. Hacía como seis meses que Edgardo se encontraba en Lima. El destino quiso que fuera una de las personas en quienes se realizaron esos primeros casos de fiebre, inapercibidos y desconocidos entonces hasta para los mismos médicos. Su constitución joven y robusta, su condición de forastero y la vida irregular del cuartel lo habían predisuesto para la funesta enfermedad.

El alférez y sus compañeros creyeron que su indisposición sería benigna. Desgraciadamente los síntomas fueron presentándose cada día con un carácter más grave: los oficiales se amedrentaron. Los jefes hablaron de la necesidad de hacer trasladar al enfermo a San Bartolomé.

La idea de ir a ocupar una cama en las salas de un hospital es siempre triste para el que sólo ha conocido en sus enfermedades el amor de la familia y no ha tenido en su vida motivos de habituar su sensibilidad al interior de una enfermería. Los establecimientos de esta naturaleza se presentan a sus ojos como el último refugio de las clases miserables, y más que como un lugar para curarse, como un lugar para morir. El militar mismo, que cae y espira contento al pie de su bandera en el campo de batalla, muere doblemente afligido en

un hospicio. Edgardo no tenía en Lima ni parientes ni amigos a quienes pedir un asilo. El joven oficial se sentía malo, y reflexionaba en todo esto. Con gran sorpresa se notó de repente que los casos de la misma enfermedad parecían repetirse en el batallón. Esta circunstancia obligó a los jefes a ordenar al joven alférez que se preparara para ser trasladado al hospital militar.

El joven enfermo recibió esta orden en un estado de postración en que el aliento faltaba ya a su voluntad.

A la mañana siguiente, una litera cubierta, conducida por cuatro soldados, atravesaba la gran puerta de entrada del hospital de San Bartolomé. Los soldados pasaron el zaguán, cortaron diagonalmente un ángulo del patio y fueron a colocar la litera a la sombra, bajo el techo de la galería que rodea el claustro.

El sol reverberaba ardientemente sobre el suelo y sobre los muros occidentales del ruinoso y sombrío edificio. Aquí y allí se veían sentados algunos soldados en convalecencia; uno que otro se hallaba de pie, recostado tristemente en las columnas apolilladas y descoloridas de la galería; otros caminaban lentamente, envueltos en sus mantas, al través de los viejos y empolvados muros del edificio. Estos muros, en que el blanqueo había casi desaparecido, dejaban ver por todas partes manchas y sinuosidades de tierra oscura y deleznable. Los sirvientes interiores pasaban de una puerta a otra conduciendo algunos útiles del servicio. Un empleado, vestido con el uniforme militar, se llegó a la litera y pidió a uno de los soldados las indicaciones necesarias para inscribir en el libro de entradas al nuevo enfermo. El empleado se alejó en seguida dirigiéndose a dar algunas órdenes.

Un cuarto de hora después, los soldados levantaban la camilla y seguían al encargado de la colocación de los nuevos enfermos. Hay al frente del pórtico de entrada del hospital una puerta que da paso a una pieza desmantelada que bien puede calificarse de vestíbulo. A sus lados laterales se abren dos salas de la enfermería. La litera entró en la de la derecha. La mayor parte de los enfermos de esta sala ocupaban catres aislados, equidistantes entre sí y descubiertos; sólo hacia uno de los lados se veían algunas covachas pasables y convenientemente dispuestas. El alférez Arceles fue instalado, o mejor dicho, fue depositado, por una favorable casualidad, en una de esas covachas abrigadas.

Cuando Edgardo se sintió solo, quiso examinar el lugar en que se hallaba y darse cuenta de lo que había alrededor suyo. Sus miradas se fijaron en el espacio que podían abrazar, y al través de los resquicios laterales de las cortinas distinguió, desde el fondo de su oscuridad tenebrosa, los rostros descompuestos y enjutos de dos o tres enfermos acostados al frente. Los pañuelos con que los enfermos tenían atada la cabeza y lo macilento de sus fisonomías daban a sus ojos, al parecer aislados en la sombra, como un resplandor vivo y siniestro. Edgardo sintió todo el horror de su desgracia, y creyéndose presa de un mal sueño, ocultó su rostro bajo la sábana y pensó en la muerte.

Pero la caridad y la Providencia velaban por él. En el fondo de la sala y hacia la parte alta del muro se alzaba un gran crucifijo. La oscuridad parecía escarpar los bajos del muro y surgir hacia el augusto símbolo como para envolverlo en una nube. Pero en medio de esta

misma sombra las llamas de dos cirios ardían melancólicamente a sus pies, y al resplandor móvil y rojizo de esas luces la cruz negra hacía que se destacara vivamente la figura pálida del Cristo.

El día siguiente al de la entrada del joven alférez al hospital fue un jueves. En estos días y los domingos podían los parientes y los amigos ir a visitar a los enfermos. La familia Lorbeza tenía en esos días libre entrada. Los encargados de la administración interior ocurrían frecuentemente a su bondad para ciertos detalles femeniles del servicio. Esto la daba naturalmente derecho a todas las excepciones que en San Bartolomé podían emplear en su favor.

El jueves de que hablamos, D<sup>a</sup>. Inés, Adriana y Eduvigis salieron de la casa a las doce en punto, atravesaron apresuradamente la calle y entraron al hospital.

Un momento después comenzaban a recorrer una a una las salas de la enfermería.

Para el que hubiera conocido el sentimiento piadoso de la madre y de las hijas por la memoria de su padre que había dado origen a la misión de caridad que se habían impuesto estas pobres mujeres; para quien hubiera sabido la constancia y el placer íntimo con que durante dos años habían cumplido su noble juramento, considerándolo casi como un deber religioso; para quien las hubiera seguido en los días consagrados a esta tarea de misericordia y las hubiera contemplado en el momento de penetrar en las salas de los enfermos y en medio de esas salas, no habría habido un espectáculo más tierno ni más digno de admiración.

Sigámoslas un instante.

¡Cuántos episodios conmovedores hasta las lágrimas!

- VI -

Las piadosas vecinas no hacían distinción ninguna entre los soldados y los oficiales, aunque generalmente comenzaban por visitar las salas de aquéllos y acababan por las de los últimos, En el instante en que aparecían en el dintel, las voces de los enfermos se levantaban de todos los ángulos de la sala y se confundían llamándolas. La madre y las hijas se dirigían sucesivamente a cada uno de los enfermos. A todos ellos se llegaban con dulzura preguntándoles por el estado de su enfermedad. Sobre la cama o a la cabecera de algunos, colocaban pequeños paquetes conteniendo objetos que les habían encargado en la visita anterior. A unos los ayudaban a cambiar de posición; a otros les arreglaban las sábanas y las cobijas en desorden; a aquéllos les aseaban los lienzos o los objetos de que se servían. Los enfermos las recibían con una sonrisa y no las dejaban alejarse de su lecho sin una palabra de reconocimiento.

En las atenciones de que se rodea a un enfermo, hay siempre ciertas delicadezas que requieren la exquisita previsión y las tiernas y milagrosas manos de la mujer. Muchos

enfermos esperaban la llegada de las caritativas vecinas para recomendarles ciertos detalles de las prescripciones de los médicos, que se habían resistido a dejar practicar por los enfermeros. La mayor parte de los oficiales y soldados les era naturalmente conocida por las visitas anteriores. La madre y las hijas sostenían con los que se hallaban en este caso, amistosas conversaciones más o menos largas. Para todos tenían una palabra de consuelo. Al que se quejaba de lo largo de su enfermedad le infundían resignación; al que desesperaba de sanar le contaban casos raros de enfermos curados en el hospital por ellas mismas y que habían sanado a pesar de hallarse en peores circunstancias; al que veía la muerte cercana lo alentaban con la esperanza.

La familia Lorbeza era una verdadera agencia, pero una agencia desinteresada del hospicio. Casi todas las cartas que los enfermos dirigían a sus deudos o amigos, anunciándoles su posición o pidiéndoles socorros, pasaban por sus manos; muchas eran escritas por Adriana o Carmen a ruego de algunos infelices soldados. Ellas mismas traían con frecuencia la respuesta, llevando a los enfermos una cantidad o algún objeto que les enviaban sus amigos o parientes.

Una circunstancia digna de notarse es que ninguno de los enfermos conocía el nombre de sus bienhechoras. Todos las distinguían y llamaban por la palabra vecinas. ¡La bondadosa familia no tenía ni esa recompensa! Esto daba a sus sentimientos caritativos un carácter raro de sinceridad y de virtud. La caridad sublime es la que se practica quedando ignorados y sin esperanza.

Así cumplía su misión de misericordia esta desgraciada familia, que un momento después iba a trabajar para ganar el mezquino pan de su mesa. Por donde quiera que pasaban sus sombras, dejaban el consuelo y la esperanza; adonde quiera que tocaban sus manos, desaparecía el dolor. Cuando se preparaban a salir de cada una de las salas, los encargos y las súplicas se multiplicaban alrededor suyo. Ellas escuchaban a todos y contestaban haciendo observaciones a unos, aconsejando a otros, reflexionando, consultándose entre ellas mismas, accediendo condicionalmente o prometiendo.

Había en el rostro y en las maneras de las jóvenes tanta honestidad y tanta dulzura, que los enfermos no se habían atrevido jamás a dirigirlas una palabra descomedida o equívoca. Los pocos que conocían y observaban la vida de esta familia, hablaban de ella como de un modelo increíble de abnegación y de virtud. La calumnia no dejaba sin embargo de murmurar de vez en cuando y a lo lejos algunos viles rumores. Pero las vecinas hacían el bien por un sentimiento natural, sin el objeto de alcanzar alrededor suyo reputación de virtuosas, sin sistema, sin pretensiones y sin esperanzas.

Ellas no comprendían ni sospechaban siquiera toda la virtud de su vida; la verdadera santidad se ignora a sí misma. Ser jóvenes honradas como Carmen, Adriana y Eduvigis; reunir a lo que hay de más bello en la naturaleza -la hermosura de la mujer-, lo que hay de más bello y santo en la existencia humana, -la práctica de la caridad [palabra borrosa en el original]-; ser pobres y humildes; vivir en un rincón de la ciudad, en la oscuridad de la pobreza; trabajar para vivir, ganando el pan del día con el trabajo de la víspera, es realizar, sin saberlo, el tipo tierno e ideal de la familia cristiana.

Cuando después de haber recorrido todas las salas de la enfermería y en el momento de salir se veía este grupo de mujeres humildemente vestidas atravesando el patio exterior del hospital, se hubiera dicho que caminaban en una atmósfera visible de serenidad celeste y que había tras de ellas y sobre sus cabezas, cubiertas por los largos pañuelones de estilo, vagos y dulces resplandores, como si las bendiciones de los que sufren se convirtieran en auréolas brillantes y misteriosas.

La última sala en que la viuda y las hijas entraron el día en que Adriana debía ver por primera vez a Edgardo, fue, como de costumbre, la sala de oficiales. Al pasar por delante de la covacha, Adriana y Eduvigis reconocieron en el acto un nuevo enfermo. Ambas siguieron acercándose a los demás; pero cada vez que podían arrojar una mirada, sus ojos iban a fijarse en el rostro mortalmente pálido y desfigurado del recién venido.

Eduvigis comprendió lo que preocupaba a su hermana, y en un instante en que ambas acababan de mirar furtivamente al desconocido enfermo, le dijo casi al oído:

-¡Qué joven y qué pálido!

-¿Quién es ese nuevo enfermo? -preguntó Adriana a un oficial ante cuyo lecho se hallaban en ese instante.

-Es un subteniente del batallón \*\*\*. Entró ayer y parece que se encuentra bien malo. He oído decir que morirá.

A estas palabras fijaron las vecinas una nueva mirada de interés en el alférez. El rostro cadavérico de Edgardo se destacaba vagamente en el fondo de la alcoba sombría. Su actitud inmóvil tenía algo de la muerte. Sus ojos lánguidos, turbios, apagados, se habían fijado en ellas, y parecía que el enfermo las observaba como al través de las sombras del sepulcro. Esa mirada, esa actitud y sobre todo la amarillez mortal del joven conmovieron profundamente el corazón de D<sup>a</sup>. Inés y de sus hijas.

-Vayan a ver si necesita algo, dijo la madre a las niñas.

Al acercarse Adriana y Eduvigis, distinguieron que de los labios de Edgardo brotaban gotas de sangre. La respuesta del enfermo fue una negativa. Pocos momentos después, Adriana y Eduvigis observaron que cada vez que pasaban por delante de él, Edgardo parecía reconocerlas y las seguía con la vista. Adriana creyó que el joven paciente había cambiado de idea y quería hablarlas.

Las dos jóvenes volvieron a entrar a la alcoba y a interrogar a Edgardo.

-No, gracias, señoritas, -dijo éste hablando con la dificultad y la lentitud de un hombre moribundo.

-Nosotras haríamos todo lo que Vd. quisiera encargarnos, -replicó dulcemente Adriana.

-No es posible. He reflexionado, es verdad, y quería hacer un encargo; pero es de tal naturaleza que Vds. no querrían o no podrían cumplirlo.

-Estamos acostumbradas a servir a los enfermos: sus encargos son un placer para nosotras; ¡vamos! diga Vd. lo que quiere.

Cualquiera que sea la posición de un hombre, hay en el espíritu un sentimiento de pudor que impide hablar de ciertas cosas a personas desconocidas. Pero la insistencia de Adriana venció este pudor y provocó un movimiento de hesitación en el enfermo.

En este instante no era el alférez quien iba a hacer una súplica a Adriana: era ésta quien con la expresión de su mirada imploraba a Edgardo para que accediera a su ruego.

-Yo veo -dijo el joven enfermo-, que aquí no sirven mal; pero con un poco de dinero puede uno ser mejor atendido. He gastado los pocos reales que tenía en mis primeros días de curación y he venido al hospital sin un medio. Tengo una sortija de valor que quisiera hacer vender o empeñar.

El alférez pronunció estas palabras con el estertor de la debilidad, y al terminarlas, extendió silenciosamente un brazo sobre las cobijas para mostrar a sus interlocutoras la sortija en su mano flaca y amarilla.

Era la primera vez que un enfermo pedía a las jóvenes un servicio de este género. Tanto Adriana como Eduvigis ignoraban las formas ordinarias de la pignoración de una prenda y se sintieron embarazadas.

-Voy a preguntar a mi mamita -dijo Eduvigis alejándose.

Durante el instante en que Adriana quedó sola, de pie ante el lecho de Edgardo, sus miradas no se separaron del rostro del enfermo. Había en la fisonomía de ese desgraciado joven, no sólo la expresión dolorosa del malestar físico y de una naturaleza que se siente gastar y consumir interiormente, sino el reflejo de una profunda desolación moral. Con los ojos fijos en el lecho, Edgardo parecía en efecto reconcentrado en un recuerdo tierno y querido que le era inspirado sin duda por el pensamiento de su posición y que le hacía medir toda la inmensidad de su desgracia.

-Debe ser un forastero -pensó la joven-, y al verse aquí se acuerda tal vez de su país y de su familia.

Eduvigis volvió acompañada de la viuda. D<sup>a</sup>. Inés aceptó sin dificultad el encargo del pobre alférez. El anillo era una sortija sencilla, tosca, de oro pálido y gastado, de engaste antiguo con una ancha esmeralda plana y opaca.

Edgardo la desprendió del dedo con alguna dificultad. Nadie podría decir lo que pasaba en su alma en ese instante. El infortunado alférez se volteó a medias hacia la almohada, y enterrando en ella la frente, en una actitud al principio indecisa, como si hubiera temido practicar una acción de niño, llevó la sortija con las dos manos a sus labios e inclinándose

sobre ella la besó tres veces. Cuando se volteó para entregarla, había en su rostro, cubierto de sangre en toda la parte inferior, un torrente de lágrimas.

-No se admiren Vds., señoritas -dijo con un acento triste y desgarrador-, es un recuerdo de mi madre.

El frío súbito e intenso de las grandes emociones estremeció el corazón de la madre y de las hijas. Adriana dejó asomar a sus ojos dos gruesas lágrimas, y las tres salieron de la covacha conmovidas y con cierta precipitación como si huyeran de un espectáculo ante el cual les faltaban las fuerzas.

- VII -

La imagen del infortunado oficial no se separó durante todo el día del pensamiento de Adriana. La sensible doncella habría querido interrogar a Edgardo sobre su madre, su familia, su país, y si le hubiera sido posible ir a hablarle de todo esto para consolarle o a pasar cuidándolo los días y las noches a su cabecera, hasta devolverlo a la vida o entregarlo a la muerte, lo habría hecho sin vacilar.

Estas primeras impresiones hicieron del alférez un enfermo preferido: era la primera vez que la familia Lorbeza manifestaba predilección por alguno de los pacientes del hospital. La compasión por el desvalido forastero se convirtió bien pronto, por parte de Adriana, en tierna simpatía por el joven, y esta simpatía en amor por el hombre.

El día en que el alférez se levantó por primera vez y en que Adriana lo distinguió desde la ventana de reja paseándose, como todos los convalecientes, en el claustro del hospicio, fue un día de dicha para ella lo mismo que para toda la familia. Todas corrieron a la ventana, y las sonrisas y los signos de satisfacción se cambiaron de lejos.

La convalecencia de Edgardo fue relativamente corta. Cuando el joven Arceles salió del hospital, su primer pensamiento fue hacer una visita de gratitud a la familia Lorbeza. En esta visita la conversación fue animada y sincera; las preguntas sobre su posición, su edad, su nombre, su grado, su país y su familia se multiplicaron alrededor suyo. Edgardo contestaba a todas con placer. Era la primera vez que el joven oficial se veía en Lima en un centro de simpatía y de expansión que le hacía recordar su hogar distante. Este interés sin motivo por las más caras afecciones de su corazón lo enterneció profundamente.

En el momento en que el alférez se levantó para despedirse, Adriana le dijo:

-¿Tendremos el gusto de volver a ver a Vd.?

-¡Oh, señoritas! Vds. saben que yo no puedo olvidarlas. Yo vendré a verlas cuantas veces pueda.

-Vd. será como todos. Cada uno dice lo mismo y nadie vuelve a acordarse de nosotras.

Adriana decía la verdad en estas palabras, pronunciadas con cierta tristeza. Cada oficial de los que habían atendido en el hospital se creía obligado, el día de su salida, a hacerles una visita; pero, sea porque sólo encontraran en ellas unas pobres mujeres, cuya amistad no tenía ningún atractivo, sea por otras causas, lo positivo es que, en el periodo de tres años, ninguno había cumplido la promesa de la segunda visita.

-Vd. verá si yo soy ingrato como todos -replicó Edgardo sonriendo y con un acento sentido.

El reconocido moqueguano no dejó subsistir mucho tiempo la duda sobre la duración y lo sincero de su gratitud. Al domingo siguiente un ramo de flores y un canasto de escogidas frutas fueron a atestiguar a la familia el recuerdo del joven oficial. La casualidad quiso que pocos días después Edgardo recibiera de Moquegua una encomienda, es decir, una multitud de esas sabrosas golosinas de lugar que las familias de provincia suelen enviar a sus parientes o amigos, como para hacerles gustar, por el sabor, el recuerdo inefable del país natal. La encomienda pasó intacta a casa de las señoritas Lorbeza.

En el intervalo, las visitas del gallardo alférez comenzaron a repetirse.

Una circunstancia impresionó profundamente su ánimo y tuvo una influencia decisiva en sus relaciones con esta familia. Hemos dicho que en el hospital no dejaban de circular algunas aserciones vagas contra la virtud de las vecinas. Edgardo comenzó a visitar la casa bajo la impresión de esos rumores, aunque dudando de su verosimilitud. A fin de no engañarse sobre el carácter que debía tener su amistad, el alférez se puso en observación. Bastaron sin embargo algunos días para que palpara de cerca la casi-miseria en que vivían estas desdichadas mujeres, forzadas por la misma miseria a llevar una vida de trabajo y recogimiento. Arceles no vio nunca en la casa nada que revelara el comercio de la virtud ni el amparo oculto de un hombre que pasara escondido entre las sombras del dormitorio, como se ve algunas veces. Por el contrario, la sencillez interior de la casa, las maneras humildes de las niñas y la delicadeza de principios morales y religiosos que manifestaban en la conversación, contrastaron extrañamente con las impresiones primitivas del joven. A unos cuantos pasos de este interior, modesto y triste pero honrado, había sin embargo hombres a quienes si Edgardo hubiera ido a contar todo eso, habrían reído de él como de un niño o como de un tonto.

Este contraste conmovió todos sus sentimientos generosos y sinceros. La conciencia justa y noble de Edgardo se preguntó con amargura si era posible que el mundo cometiera tan crueles injusticias. Desde ese instante el joven alférez sintió por la familia Lorbeza no sólo los impulsos de la gratitud, de la amistad y de una compasión respetuosa, sino el cariño tierno e instintivo con que nos apasionamos naturalmente por las personas a quienes la ligereza habitual de nuestra sociedad calumnia sin razón y cuya intimidad sin mancha conocemos nosotros solos.

Todas estas emociones y los dulces ratos que el joven forastero iba a pasar en sus horas de descanso en esta pobre casa, excitaron en su corazón la necesidad de una afección más individual, más reconcentrada y más íntima. La belleza ideal de Adriana lo había

deslumbrado desde el principio. Edgardo no tuvo terribles luchas ni grandes dificultades para olvidar a su prima. La precaria novia, que más que su propia voluntad le había designado la voluntad de sus padres, no podía satisfacer todas las exigencias de su corazón. Adriana le había aparecido en su lecho de muerte como un ángel de caridad, de hermosura y de consuelo para su existencia de forastero. Por su parte la joven se sentía seducida por la dulzura, la viveza, la bondad de sentimientos y la belleza juvenil de Edgardo.

Un día en que la casualidad hizo que se encontraran solos en la sala de la casa, la timidez, que contiene siempre la primera palabra, cedió ante el embarazo de una situación insostenible. Las efusiones del primer amor desbordaron en las dos almas, Edgardo cayó de rodillas a los pies de la joven, cubriendo sus manos de besos, y los dos corazones estallaron en lágrimas.

Desde ese día Adriana y Edgardo se amaron locamente. Los obstáculos vinieron a aumentar la intensidad de esta pasión sincera e irresistible. Ya sabemos hasta dónde condujeron a Adriana los ímpetus ciegos de este amor entrañable, en que ambos reconcentraron toda la sensibilidad de su vida.

Las visitas de Edgardo y sus amores produjeron una viva impresión en el hospital. Los oficiales enfermos comenzaron a ver con menos respeto a las vecinas, y los que iban diariamente de guardia a San Bartolomé, pasaban horas enteras observando si Edgardo entraba o salía de la casa. Unos y otros se permitían palabras y signos equívocos para el delicado pudor de las niñas. Todos estos hechos llegaron a conocimiento de D<sup>a</sup>. Inés. La honrada viuda ordenó a sus hijas que no se sentaran jamás a coser en la ventana de reja y que observaran la más estricta severidad. Pero las insinuaciones irrespetuosas redoblaron.

Las viejas del vecindario no tardaron en convencer a la señora que Edgardo era la causa de todo. D<sup>a</sup>. Inés había visto sin inquietud las visitas del alférez; pero esta circunstancia le hizo reflexionar en el porvenir de sus amores con Adriana, que cuando más, acabarían por que su hija se casara con un militar en una posición muy subalterna y sin los recursos necesarios. Después de muchos disgustos interiores y de muchas lágrimas de Adriana, el joven oficial fue despedido de la casa, al principio amistosamente y después, a causa de algunas contravenciones secretas, de una manera brusca y violenta.

A pesar de esto, los rumores y los cuchicheos de viejas aumentaron en la vecindad. Las visitas al hospital fueron suprimidas. Pero continuando sin cesar, nuevos dichos ofensivos y nuevas imputaciones contra sus hijas llegaban cada día a oídos de D<sup>a</sup>. Inés. Edgardo aprovechaba de cuantas ocasiones podía para ir a San Bartolomé. Esto le procuraba la ocasión de ver a Adriana, aunque fuera de lejos. Hoy era un amigo enfermo, mañana otro que se hallaba de guardia. Aunque todo esto pasaba sin escándalo, la desesperación fue apoderándose del ánimo de la pobre señora, que, para tomar una medida radical, resolvió cambiar de domicilio.

Carmen y Eduvigis, como sucede siempre en estos casos, simpatizaban naturalmente con los amores de su hermana y había entre las tres como un juramento sobrentendido para favorecerlos. Edgardo solía ir furtivamente a la casa, protegido por ellas. En una de estas

visitas secretas fue en la que D<sup>a</sup>. Inés, por una extraña casualidad, lo encontró oculto una noche en el cuarto de Adriana.

El lector conoce los acontecimientos sobrevenidos desde ese día.

- VIII -

Era una noche de marzo de 1853. El triste pueblo de Miraflores, iluminado por los plateados rayos de la luna, había dejado extinguirse hacía tiempo los ruidos del día: para expresarnos con mas precisión debíamos decir, que el silencio del día se había hecho más profundo y misterioso. En las calles solitarias sólo se oían los pasos de algunos hombres del lugar. Los árboles dejaban asomar sus ramas por sobre el cerco de los huertos, de donde salía la brisa fresca de la noche con el perfume de los jazmines, los chirimoyos y los aromos. La luna brillaba en el fondo de un cielo purísimo y reverberaba sobre un mar límpido, azul y transparente. La humilde iglesia del pueblo dibujaba la sombra de sus torres sobre el suelo de la plaza. Las pocas familias que habían ido allí a pasar el verano, después de caminar al borde de la cuesta para contemplar el mar, habían vuelto a encerrarse en sus ranchos. Algunas se habían instalado en los corredores con un sentimiento de indolencia que se revelaba por la actitud de las personas recostadas, ya en la hamaca, ya en los muelles sillones o en el apoyo que sirve ordinariamente de descanso a los pilares delanteros del corredor.

¿Por qué los antiguos nobles de la corte de Lima han preferido el estéril pueblo de Chorrillos al bello pueblo de Miraflores? Ni la naturaleza ni otros incidentes locales han hecho del primero un lugar de recreo campestre. El campo no se concibe sin campiñas, sin huertas, sin jardines, sin flores, sin arroyos y sin fuentes. Los árboles son un elemento de salud y de grata sombra contra los ardientes resplandores del sol; las flores son un elemento de admiración, de perfume y de alegría. El vivo rayo del sol que a través del emparrado cambia en prisma de colores la onda del arroyuelo que serpentea o del lago que se estremece, la arboleda llena de frescura, los bosquecillos y las enramadas llenos de misterios y de calma, las flores suspendidas y reflejando sus matices al borde de las fuentes, alegran el alma y constituyen el más bello y risueño contraste con los objetos monótonos que nos rodean en la ciudad. La caleta de Miraflores ofrece para los baños las mismas condiciones naturales que la de su rival. El aire y las aguas son más saludables según la opinión de los médicos. La perspectiva pintoresca del valle y del mar, cuando se contempla de una azotea de Miraflores, es más bella que del Salto del fraile, cerro estéril y sombrío que corta bruscamente el horizonte de Chorrillos. El uno es el centro de un panorama; el otro es el límite. El día en que la opulencia y la elegancia borden esa rada de risueñas y verdaderas casas de campo y pueblen el valle de bien cultivadas propiedades, tendremos una de las más gratas mansiones de la tierra. Ese valle jamás oscurecido por la tempestad, azotado por la lluvia ni siniestramente iluminado por el rayo; y en particular esa resplandeciente cintura de tierra suspendida sobre un océano siempre sereno y cobijado por un cielo siempre azul o dulcemente melancólico, están llamados a ser un oasis privilegiado de delicias y de encanto para las clases ricas de las grandes ciudades de América. Cuando el gusto y los hábitos de comodidad, ayudados por el tiempo y la mano del hombre, den a esa

ribera el aspecto artificial y pintoresco de las residencias de verano europeas, la América elegante vendrá a reposarse a la sombra de nuestros chirimoyos y platanos de la misma manera que la aristocracia europea va a reposarse bajo los naranjales y sicomoros de los bellos golfos de Italia. ¿Habéis admirado la tranquilidad de ese mar y el arco gracioso de la ribera? -¿Habéis contemplado, en un día de sol reverberante, la verde cinta de vegetación natural, suspendida a los barrancos de ese arco? -¿No parece el bello fragmento de una copa de esmeraldas?

Chorrillos ha sido una moda y la moda no es sino el capricho. Cuando cabalgado sobre un ágil y bizarro caballo o sentado muellemente en el coche de un tren distinguís a lo lejos los ranchos de Miraflores, sus tres o cuatro torrecillas, destacándose sobre las nubes sonrosadas de la tarde, parecen deciros: «aquí la soledad, el silencio y el reposo, los soplos de la brisa perfumada, un poco de sombra y de verdura.» Pero habéis cedido a la moda y tenéis que seguir vuestro camino. Pensando entonces en Chorrillos os decís: «allá el bullicio, el movimiento, la misma multitud con las mismas fisonomías de la ciudad, los ardores calcinantes del sol, las ondeadas de polvareda y las agitaciones del juego.» Deseabais un día de aislamiento y corréis tras el tumulto; deseabais la libertad y vais a hallar las tiranías de la etiqueta y del lujo; deseabais verdes campos y vais a encontraros con la monótona y áspera esterilidad. Los humildes huertos del pueblo os sonríen con dulzura. Vuestra conciencia ha establecido otras secretas comparaciones que os entristecen, vuestro pecho se dilata para respirar el aire de esos sitios, y vuestros ojos se vuelven como para ver una vez más el pueblo que dejáis a distancia. ¡Miraflores está vengado!

Esa noche la tranquila bahía estaba bañada por toda la claridad pálida que irradia la luna en la plenitud de su belleza. El cielo estaba sin una nube. Las aguas del mar parecían inmóviles y vastos reflejos brillaban sobre su superficie como anchas zonas de plata. La serenidad, el silencio y el triste resplandor del astro de la noche llenaban la inmensidad del horizonte transparente. En el fondo de esa transparencia se distinguían, como mazas informes, los islotes de San Lorenzo. Algunos barquichuelos de pescadores, más o menos lejos, cubrían como manchas negras el azul tierno de las aguas. Dos amantes jóvenes y apasionados por lo bello, sentados en la ribera o tendidos dulcemente sobre la falda del Salto del fraile, habrían palpitado esa noche de admiración y de adoración hacia Dios, ebrios de calma y de felicidad. Como para animar este cuadro, la forma graciosa de uno de los vapores de nuestra escuadra nacional se mecía casi imperceptiblemente con sus altos mástiles en medio de la rada solitaria.

Era uno de esos días de fiesta del verano en que las clases acomodadas corren a Chorrillos, más que a buscar un alivio a los calores ardientes de la ciudad, a buscar un centro de placer. El vapor que se hallaba en la rada había conducido del Callao a Chorrillos algunos elevados personajes del país.

Había por esa época en Miraflores unos pocos soldados de guarnición. Por un extraño capricho, uno de esos soldados, lo que equivale a decir uno de esos indios, se puso a recorrer las calles tocando en la quena algunos yaravíes.

¿Quién no ha oído alguna vez en una de nuestras serranías, sentado en el vasto patio, a la puerta de las habitaciones de la casa, en un círculo silencioso de familia o de amigos, a los

blancos rayos de la luna, esos tristes nacionales tocados con toda su tétrica rusticidad por un indio? -¿Quién no ha sido sorprendido por los ecos deliciosos de esas lúgubres melodías descendiendo de noche una garganta solitaria y escarpada de los Andes, a cuyo pie brilla un riachuelo con los tristes reflejos de la luna y en cuyo fondo se distinguen los techos de la aldea en donde el sueño nos espera? La quena es el instrumento y el yaraví es la música del Perú. La tristeza del yaraví está en la fisonomía melancólica de la raza peruana y en el aspecto sombrío de esas inmensas llanuras cubiertas de nieve, sin otro signo de vida que el indio solitario que conduce la llama y la choza humeante en el límite del horizonte. En el carácter de tristeza suprema de esa música hay algo como los gemidos del alma de una raza entera, que llora en las soledades su pasado con el mismo sentimiento de desolación infinita con que Job lloraba su miseria. El espíritu de las razas simpatiza por una ley fatal con la naturaleza en que viven. Si sois peruano, si amáis la América, si en vuestro corazón germinan las emociones de la naturaleza en que habéis nacido, las más dulces armonías de Donizetti y de Bellini no impresionarán jamás vuestra alma como los tiernos sollozos de un yaraví, agudos y monótonos sin duda; pero cuyas notas, llenas de una patética dulzura, cuando las escucháis perdidas en la soledad y en el silencio, os sobrecogen y dominan inflexiblemente con un sentimiento de tristeza embriagadora.

Las familias instaladas en los corredores de los ranchos de Miraflores contemplaban con cierta tristeza poética la magnificencia tranquila de la noche. Los ecos de los yaravíes tocados por un indio en las calles solitarias del pueblo vinieron a aumentar las dulces emociones de ese sentimiento.

Digamos para continuar nuestra relación que entre esas familias se contaba la humilde familia Lorbeza, y expliquemos cómo.

La enfermedad de D<sup>a</sup>. Inés no tuvo el término fatal que se temía. Una reacción inesperada la puso en pocos días en vía de convalecencia.

El señor Arasnegui había sido testigo de la abnegación y del amor, o mejor dicho, del heroísmo moral con que las hijas de su antiguo amigo se habían conducido en esa larga lucha contra la muerte y las necesidades superiores a su miseria. Enternecido ante tanta virtud, el corazón del alegre propietario tuvo un impulso generoso. Sea por un sentimiento sincero o con la mira de excitar las simpatías poco pronunciadas de Adriana en su favor, el buen anciano siguió ese impulso e hizo una bella acción.

Don Julián poseía un rancho amueblado en Miraflores. Alejando toda apariencia de humillación para la familia y con todas las delicadezas de un hombre bien educado, ofreció el rancho a la señora. Con una sonrisa y una broma, puso en seguida entre las manos de la pobre viuda una cantidad de dinero. Este dinero debía servir para que las niñas pudieran descansar de todo trabajo durante un mes, a fin de que la convalecencia de la madre se completara en el campo, como lo habían ordenado los médicos. D<sup>a</sup>. Inés vio en este acto de generosidad, más que el servicio de un amigo, el amparo anticipado de un yerno y aceptó sin escrúpulo y con gratitud.

- IX -

Cuando el soldado tocaba sus yaravíes, la familia Lorbeza se hallaba como todas las otras en el corredor del rancho.

Eran las nueve de la noche. En el solitario vapor que se mecía en la rada acababan de tocar a silencio. El oficial de guardia se paseaba distraídamente sobre cubierta. Los centinelas velaban en sus puestos. En medio de la tranquilidad sólo se oía el ruido de las olas que azotaban los costados del buque. Dos individuos salieron de repente, uno después de otro, con una lentitud cautelosa, por la escalera de la cámara de proa y aparecieron sobre cubierta. Tratando de ocultarse del oficial de guardia tras de la chimenea y de los aparejos, ambos se avanzaron hasta la obra muerta, se inclinaron hacia fuera y mirando a los bajos del buque se dijeron en voz baja: Allí está el bote.

Era evidente que se trataba de una excursión furtiva. Uno de los individuos se hallaba vestido con el uniforme de oficial de marina, el otro con el de oficial de infantería. El joven marino que se hallaba de guardia y estaba de acuerdo con ellos, habiéndolos visto de soslayo, se sentó a popa con un aire de indiferencia y se puso a mirar hacia otro lado de la rada. El centinela de cubierta colocado a estribor, obedeciendo a órdenes anteriores de su sargento, fingía hallarse profundamente dormido. Los dos individuos bajaron por el lado de babor, deslizándose como dos sombras y sin que se oyera el eco de una sola pisada. Cuatro marineros los esperaban, silenciosos e inmóviles, en el bote que se había avanzado imperceptiblemente para recibirlos. Cuando se encontraron en la embarcación, el oficial de marina ordenó a sólo dos de los marineros que remarán lenta y suavemente a fin de alejarse haciendo el menor ruido posible.

Una vez a algunas brazas de distancia y en un límite en que los del vapor no podían ni reconocerlos ni oír el ruido que hicieran, el mismo oficial se puso un instante de pie y recorrió con la mirada los diferentes grupos de casas que bordean la ribera. Fijándose al fin en el de Miraflores, y tomando el timón, rompió el silencio con estas palabras:

-¡Ea, muchachos! Remar con entusiasmo, y no olviden que todos serán bien recompensados, si se guarda el secreto.

-No haya cuidado, mi alférez -respondieron a un tiempo las cuatro voces.

Y mientras Edgardo y su amigo se pusieron a reír y a conversar en voz baja, la embarcación comenzó a deslizarse con una rapidez increíble al golpe uniforme de los cuatro remos, de cuyas alas se desprendían las gotas de agua como franjas de plata en hilos brillantes y cristalinos.

Media hora después, el bote encallaba con suavidad en las piedras de la playa de Miraflores. Edgardo y su amigo saltaron a tierra. Los marineros se alejaron con la orden de esperar atentamente. Los dos oficiales tomaron en seguida el camino de la cuesta, es decir, el barranco que conduce al pueblo.

Las dificultades de Edgardo para saber cuál era el rancho que habitaba la familia Lorbeza fueron una serie de aventuras. Felizmente, al atravesar una esquina, Adriana creyó reconocerlo a lo lejos y envió a cerciorarse de si era él o no al indiesito que las servía. Este indiesito, de diez o doce años de edad, llamado Bautista, había sido procurado a la familia por las atenciones del subteniente moqueguano.

Edgardo reconoció a su vez al muchacho con la más agradable sorpresa; le hizo una serie de preguntas convenientes a su propósito y le entregó un billete para Adriana. El indio, contento de haber visto al que consideraba como su protector natural y por el placer que iba a causar a la más querida de sus patronas, volvió al rancho y entregó a Adriana el billete de una manera cautelosa. Adriana se alejó inmediatamente para leerlo a solas.

El billete, meditado de antemano, contenía estas palabras:

«La casualidad me favorece. He recibido todas tus cartas: no comprendo por qué sufres tanto y te desesperas. Sal a hablarme si no te es imposible. No temas nada. Te aguardo hasta las tres de la mañana cerca de tu rancho. -¡Amor y esperanza!»

Adriana no vaciló y volvió a reunirse a sus hermanas, diciendo que iba a acostarse porque caía de sueño.

Pocos momentos después Edgardo y el joven marino, ocultos tras de la esquina, vieron cerrarse las puertas y ventanas y extinguirse las luces interiores del rancho una después de otra.

El enamorado subteniente esperó durante una hora con la mayor impaciencia.

Al cabo de este tiempo, una hoja de la puerta de la sala se abrió a medias y sin ruido. Adriana, cubierta con un largo pañuelón, y en seguida el cholito salieron por ella, y después de retirar y guardar la llave avanzaron hasta fuera del rancho. El corazón de Edgardo palpitaba con una violencia terrible. La joven miró a todas partes y comenzó a andar. El subteniente la siguió de lejos y no se reunió a ella hasta que hubo dejado tras de sí la calle en que habitaba.

Adriana caminaba pálida y trémula. Al ver a su amado que se acercaba, le dijo:

-Vamos lo más lejos posible. Hay personas que se recogen a esta hora y ante las cuales me comprometería.

El alférez y la joven atravesaron juntos las calles más solitarias del pueblo e instintivamente tomaron el camino del barranco. Viéndose allí, Edgardo pensó que a esa hora el lugar no podía ser más solo ni más tranquilo. Instando a Adriana para que bajara, la condujo hasta ese recodo en que el camino cambia de dirección volviendo sobre sí mismo. En esa especie de azotea, suspendida sobre el mar, había un poyo de cimiento para reposo del transeúnte fatigado. Los dos amantes se sentaron en él. El joven oficial de marina, seguido por el indio, descendió hasta la playa.

Fue en ese humilde recodo del barranco de Miraflores y ante ese paisaje risueño, silencioso y encantado que tuvo lugar la escena más tierna y conmovedora que puede realizarse en los episodios secretos del amor humano. Sería imposible decir todos los suspiros, los sollozos, las efusiones, los éxtasis, los arrebatos de ternura y de consuelo, las emociones íntimas, las reacciones de tristeza, las palabras de esperanza y las lágrimas enjugadas con el fuego de los labios que se sucedieron en la conferencia de los dos amantes. Adriana había esperado encontrarse en presencia de Edgardo para decirle lo que no había querido comunicarle en sus cartas. ¿Cuál era este secreto? El lector juzgará del estupor del subteniente al oír a Adriana, anegada en llanto, que dentro de algunos meses podía ser madre.

Adriana dejó desbordar de su corazón todo el dolor acumulado en él secretamente. Por una de esas inspiraciones naturales en la mujer, la joven encontró palabras para comunicar al alma de Edgardo el sentimiento de su dolor, largo tiempo comprimido.

Un profundo silencio sucedió a las palabras de la joven.

Adriana continuaba llorando. Edgardo permaneció algún tiempo impasible, con los ojos hacia el cielo, como un hombre que medita en la fatalidad de su estrella. Pero al fin tomando entre sus manos la cabeza de Adriana con un movimiento de efusión repentina, la besó en la frente tres veces. En seguida entrelazando las manos de la joven a las suyas y cubriendo de nuevos besos sus ojos humedecidos, la dijo conmovido hasta las entrañas y con el acento más tierno:

-¡Bendita seas!

Edgardo comprendió, por sentimiento, que el primer impulso de su corazón ante la nueva existencia que acababa de revelársele, -don sagrado de la Providencia-, no debía ser una queja contra el destino sino una bendición para la madre.

Los amantes conversaron sobre las complicaciones de su situación. Estas complicaciones eran serias y amargas. Por un lado los compromisos de Edgardo para con su prima, sus tíos, sus propios padres, y las recriminaciones de toda su familia si no cumplía con el deber moral que había contraído; por otro lado la deshonra de Adriana, la de toda su familia, la desesperación de su madre y el escándalo ante la sociedad eran eminentes. La joven culpable veía ante sí largos meses de tribulaciones íntimas, a cuyo término encontraría la afrenta. Sólo el matrimonio podía salvarla. Edgardo había hecho de este amor el bien supremo de su vida y anhelaba ese matrimonio más que ella misma.

El joven oficial había oído decir que el buque en que se hallaba de guarnición haría pronto un viaje a los puertos del Sur. Esto le daba la esperanza de ver a sus padres. En concepto de Edgardo, las eventualidades de su porvenir sólo dependían de esta circunstancia.

Después de todas estas reflexiones, viendo el descontento y la inquietud de Adriana, el alférez le preguntó:

-¿Qué es lo que tú quieres que hagamos?

-Mi más cruel idea es la vergüenza ante mis hermanas y el dolor de mi madre. Mi secreto es para mí una tortura continua. Quisiera revelar mi falta a mi familia, implorar el perdón de mi madre y que tú repitieras ante ella los juramentos y las promesas que me has hecho.

Edgardo hizo presente a Adriana que esto sería inútil tal vez y equivaldría a adquirir un grave compromiso, que él no podía contraer sin romper de antemano el que lo ligaba a su prima, y sobre todo, sin el consentimiento de sus padres.

La réplica a esta contestación fue un desborde de lágrimas. La hora del castigo llegaba para la joven. Estas palabras de Edgardo eran para ella no sólo una humillación sino un desengaño.

Por un movimiento súbito, irresistible y sincero de la pasión, Adriana exclamó:

-¡Tú no me amas... Dios mío!... ¡no me queda más que la deshonra!

Edgardo sintió que el corazón se le hacía pedazos en el pecho. La emoción le ahogaba la voz. Cayendo de rodillas y llorando, lo que le sucedía muy rara vez, a pesar suyo, comenzó a cubrir de besos las rodillas, las manos y el seno de su amada.

La joven oprimió tiernamente la cabeza de Edgardo contra su pecho.

-¿Por qué quieres que te jure, Adriana mía -dijo este-, que te amo con toda la sensibilidad de que soy capaz? ¿Por qué quieres que te jure que tu amor es la única dicha de mi vida y que mi supremo sueño de felicidad es el de llamarte mi esposa? ¿Por qué quieres que te jure que no hay perfidia en mi resistencia a contraer ante tu madre un compromiso anticipado? ¿Por qué quieres que te jure que lo único que me detiene es la idea de que mi destino no me pertenece enteramente, y que si deseo ver a mis padres es por realizar cuanto antes la esperanza de casarnos? ¿Por qué dudas de mi amor, Adriana, cuando yo siento en mí que ni mi prima ni ninguna mujer sino tú, tú sola, poseerá jamás mi corazón ni será jamás mi esposa?

-Yo no dudo de tu amor ni de tu sinceridad; pero temo que tarde o temprano los intereses de familia, las súplicas paternas, los ruegos de tu madre a quien amas tanto, te hagan olvidarte de mí. Tu prima te ama y es rica. Yo no soy sino una pobre; yo no soy sino la humilde hija de una familia desgraciada, sin posición que ofrecerte y que vive de su trabajo.

-Yo resistiré a todo -replicó Edgardo interrumpiendo las últimas palabras de la joven-, a todo, hasta las súplicas de mi madre.

-¿Quieres jurármelo por ella?...

Edgardo miró al cielo con un movimiento desesperado como un hombre que busca un pensamiento salvador: haciendo en seguida un esfuerzo violento entre sus dos manos, presentó a Adriana la antigua sortija que como un recuerdo maternal llevaba siempre consigo y que el lector conoce ya.

-Mira -exclamó el joven alférez-; he aquí el anillo merced al cual nos conocimos en la enfermería de un hospital, que llevaste de mi lecho de muerte a una casa de préstamo y que has besado tantas veces en mi mano invocando esos recuerdos. A ti te debo la vida; a él le debo la felicidad de haberte conocido. A ese anillo está unido el destino de nuestros amores. Él es el santo talismán de mis más caras afecciones. Mi madre lo llevaba en su mano el día de su matrimonio: al despedirse de mí lo colocó en la mía con las angustias del último abrazo. Este anillo representa las grandes alegrías y los grandes dolores de su vida: él representa también mis propias alegrías y mis propios dolores. Tómalo. Ése es el símbolo de mi alma: consérvalo como un tesoro. ¡Por él, por aquella cuya imagen trae a mi corazón, por la pureza de nuestras primeras simpatías, por el Dios que nos escucha en esa inmensidad y ese silencio yo te juro que los ruegos de mi madre no cambiarán mis sentimientos ni mis resoluciones, que mi felicidad o mi desgracia será la tuya, y que repudiado por toda mi familia, y aunque fuera para vivir contigo en la mendicidad, sin porvenir, olvidados de todos, escondidos en un rincón del mundo, yo te amaría y te haría mi esposa!

Adriana humedeció con sus lágrimas el anillo de Edgardo, y después de contemplarlo a la luz de la luna en su propia mano, lo besó repetidas veces y lo estrechó contra su corazón.

Cansado de esperar, el joven marino subió a advertir a Edgardo lo avanzado de la noche.

Los dos se separaron ante la puerta del rancho en que dormía tranquilamente el resto de la familia. Sus semblantes revelaban la resignación y la tristeza de dos almas que sufren y que no han tenido tiempo para comunicarse todas sus emociones.

A la mañana siguiente, toda la familia salió a respirar el aire de la ribera. El buque, que la tarde anterior alegraba la rada, había desaparecido.

Entre las brumas lejanas del horizonte se distinguía una columna de humo sobre un punto negro. La amada de Edgardo quedó contemplando, con una mirada melancólica, la mar y esa sombra, que llevaba consigo todas sus esperanzas.

- X -

Algunos días después D. Julián apareció, al declinar la tarde, a la puerta del rancho montado en un soberbio alazán. Era la segunda de estas visitas inesperadas. Mientras el imprevisto huésped ataba las riendas de su caballo a uno de los pilares del rancho, la familia entera salió a recibirlo con exclamaciones de gozo y de sorpresa.

El alegre propietario estaba esa tarde más dispuesto a la chanza y más amable que de costumbre. Su fisonomía irradiaba de contento interior. Se le hubiera creído bajo la impresión de un acontecimiento dichoso cuya noticia iba a comunicar a sus amigas. Para cada una de las niñas, y sin olvidar a D<sup>a</sup>. Inés, había traído de Lima un objeto de regalo. El de Adriana, mucho más valioso que los demás, era un regio y bellissimo corte de traje.

Después de haber comido juntos en medio de la expansión y de la alegría general, el señor Arasnegui se acercó a la viuda y le dijo algunas palabras en secreto.

Doña Inés dispuso inmediatamente que Carmen y Eduvigis, acompañadas de Bautista, fueran a ver a unas amigas, a quienes hacia tiempo debían una visita.

Hemos explicado la ascensión gradual en los sentimientos del señor Arasnegui. Lo que había sido al principio una aventura se había convertido en una ardiente pasión, aunque sincera, halagada siempre por esperanzas ilícitas. La indiferencia de Adriana había redoblado la intensidad de esta pasión. La virtud de la familia Lorbeza había ido poco a poco ennobleciéndola y purificándola. Lo que había presenciado durante la enfermedad de D<sup>a</sup>. Inés la había edificado, enternecido y deslumbrado como una visión evangélica. La misma frialdad de Adriana era una prueba de virtud para el enamorado propietario. La compasión, el respeto, el entusiasmo y el amor lo arrastraban hacia el hogar de esa familia. Las aspiraciones de una acción noble se confundían en su corazón con el delirio de un amor tanto más ardiente cuanto más glacial era la indiferencia de la joven. La idea de dar a esta familia una felicidad merecida, pero inesperada, tentó su espíritu. D. Julián llegó a pensar seriamente en hacer de Adriana su mujer.

Este era el motivo de su imprevista aparición y de su júbilo. Una vez sólo con la señora y con Adriana, el propietario tomó un aire grave y circunspecto. Con los preludios solemnes de estilo, no tardó en declarar su bien meditado deseo.

Adriana era la pobre hija de una familia sin exigencias, que ganaba cada día un salario para mantenerse. Casarse con un artesano honrado habría sido para ella un porvenir feliz. Casarse con un hombre rico, viejo si se quiere, pero activo, alegre y laborioso, debía parecerla una dicha increíble. El señor Arasnegui, que tenía justa conciencia de sus cualidades, se había dicho todo esto a sí mismo, y al anunciar su proyecto sólo esperaba efusiones de aceptación y agradecimiento.

Cuando D. Julián pronunció las palabras decisivas, las mejillas de Adriana se encendieron.

Doña Inés, que al fin veía su sueño realizado, murmuró algunas palabras sobre el gran honor que el propietario les hacía. Tomando los aires de una gran señora, manifestó lo vivo de su gratitud y concluyó por someter su decisión a la voluntad de Adriana.

Cuando la viuda hubo terminado, un momento de silencio reinó entre los tres. Viendo que este silencio se prolongaba demasiado, la madre dijo con dulzura a su hija:

-¡Contesta algo, niña!

D. Julián agregó:

-¡Vamos, Adrianita, una sonrisa y una palabra!

Por una reacción de la sangre, Adriana estaba en ese instante pálida como un muerto.

Haciendo un esfuerzo sobre sí misma, la joven pronunció unas pocas frases que más que una respuesta eran una evasiva.

El propietario pensó que era un exceso de pudor e hizo algunas reflexiones.

Adriana replicó esta vez en un sentido que, al mismo tiempo que revelaba los sentimientos que hacía nacer en su corazón la bondad de D. Julián, equivalía a una negativa.

El señor Arasnegui se sintió turbado. En seguida se preparó como un hombre que va a entrar en una discusión de fórmula más que de necesidad, pero que quiere manifestar en ella todo su buen sentido. Dirigiéndose de frente a Adriana, le dijo con cierto énfasis lleno de calma y de ternura:

-El corazón y la razón, Adriana, aconsejan a mí este matrimonio. En cuanto a Vd., seamos sinceros, si no se lo inspira a Vd. un sentimiento se lo aconsejaría su posición. Es preciso no olvidar que Vds. son pobres y solas. La señora está vieja y cansada. La vida de rudo y honroso trabajo se puede sobrellevar algunos años, pero el desaliento y la fatiga llegan al fin. El día en que sepultaran a D<sup>a</sup>. Inés, quedarían Vds. completamente desamparadas. A toda familia le es preciso un hombre que la proteja y la haga respetar. D<sup>a</sup>. Inés necesita un apoyo, Eduvigis necesita que se cuide de su educación en los últimos años de su niñez, Carmen necesita un hermano que la guíe. Todas Vds. necesitan un poco más de desahogo y un poco menos de trabajo. ¿Por qué no procuraría Vd. todo esto a sus más caras afecciones aceptándome por esposo? Vamos, ya veo que comienza Vd. a enternecerse. Tiene Vd. en sus manos el porvenir de su familia. No tengo veinte años, es verdad; pero ofrezco a Vd. la ternura de un padre, la efusión ardiente de un joven y la vida de paz de una vejez tranquila, honrada y laboriosa.

En efecto, algunas lágrimas comenzaban a correr por el rostro de Adriana. El sentimiento de la verdad de esas reflexiones fue en ella súbito e instintivo. Antes que D. Julián detallara la desvalida situación de su familia, la verdad y la miseria de ese cuadro se le habían presentado como a la luz de un relámpago. Bajo una apariencia de tranquilidad los más horribles sufrimientos devoraban su corazón. Tenía en sus manos la prosperidad honrosa de su familia, la dicha para los últimos años de su madre, y el único obstáculo para aceptarla era su amor por Edgardo. Aunque se hubiera hallado dispuesta a sacrificar ese amor, su falta hacía ya imposible la aceptación de tanta felicidad. La conciencia de la joven, torturada, ensangrentada y desgarrada por el remordimiento, sintió algo como los dolores de la víctima sensible y palpitante aún, cuyas entrañas devora la pantera en el desierto. La generosidad del hombre superior que la pedía por esposa le hacía comprender su degradación y la abrumaba de vergüenza interior. Su mayor suplicio no era casi el de

renunciar a una ventura imposible, sino el de sentirse indigna de ella y del sentimiento ingenuo y sincero del bondadoso propietario. Adriana iba a arrojarse a los pies de su madre y de D. Julián para revelarles su crimen y declararse indigna de tanta generosidad, redimiendo en algo su falta por un acto de humillación sublime.

El recuerdo de Edgardo la detuvo.

Con una voz ahogada dijo a D. Julián:

-Vd. es muy bueno, demasiado bueno; pero ese matrimonio es imposible.

En seguida se levantó en silencio, y caminando como una persona a quien le faltan las fuerzas, desapareció lentamente por la puerta de un cuarto inmediato que cerró tras de sí.

La joven fue a caer de rodillas delante de su cama frente a su favorita imagen de la Virgen, la inseparable y fiel confidente de sus secretos, suspendida siempre a un muro de su cuarto. Después de haberla contemplado al través del llanto que anegaba sus ojos con una mirada de suprema súplica, dobló la cabeza y hundió su rostro en los bordes del lecho. Dios sólo sabe cuántas lágrimas derramó Adriana esa noche en la soledad y en la inmovilidad de la desesperación. El ángel del amor y del arrepentimiento las contó sin duda en los cielos.

La vergüenza, la humillación, la duda del porvenir, el temor de un desengaño, las angustias de su secreto le despedazaban el alma. No hay dolor humano comparable a ese dolor. Adriana se sentía llena de los más puros sentimientos, y sin embargo, en un momento de delirio había hecho no sólo su propia deshonra y su propia desgracia, sino la deshonra y la desgracia de su familia. A este pensamiento las fuerzas de su espíritu se desgajaban interiormente como en un vacío y se sentía desfallecer sin consuelo. La crueldad de su castigo redoblaba.

Al rayar la mañana el señor Arasnegui atravesó el camino de Miraflores a Lima en muy distintas disposiciones de las de la tarde anterior, sin saber a qué atenerse y con la tristeza despechada del enamorado en desgracia.

Desde ese día Adriana se convirtió para D<sup>a</sup>. Inés en el objeto de las más escrupulosas observaciones. La madre quería sorprender el motivo misterioso de la inexplicable conducta de su hija.

¡Pobre madre! Algunas miradas atentas y algunos incidentes de la intimidad bastaron para excitar en su corazón las sospechas de lo que se pasaba. La joven reconoció a su vez y casi al mismo tiempo las sospechas de su madre. La viuda callaba y continuaba sus observaciones. Desde entonces se estableció entre la madre y la hija una lucha disimulada y secreta de todo instante: D<sup>a</sup>. Inés quería alcanzar el convencimiento de lo que no era para ella sino una presunción. Adriana intentaba por su parte desvanecer esa presunción por medio de mil artificios inocentes. Las angustias y los insomnios de la viuda fueron terribles. Una madre sabe que cuando una hija deja en el camino los jirones de su virtud, la prostitución de las otras es inevitable. La duda llegó a devorarla con la mayor impaciencia.

El disimulo de Adriana la irritaba y la obligaba a seguir guardando silencio. Cada hora era un indicio desvanecido o un nuevo indicio revelado.

Llevada por el deseo de conocer la verdad y después de largos días de hesitación, D<sup>a</sup>. Inés concibió una idea extraña. En una noche de desvelo se levantó de su cama en la oscuridad y se dirigió al cuarto de Adriana. Llegando a la puerta, la abrió con lentitud y sin el más leve ruido. La madre entró al cuarto de la hija como si ella hubiera sido la criminal. Imagínese la figura descarnada y casi desnuda de la anciana avanzando a tientas y en las tinieblas, trémula de frío y de emoción, hacia el lecho de Adriana. Al llegar a él le faltó el aliento e iba a caer desmayada. Pero el deseo de una prueba decisiva le infundió el valor del último esfuerzo. La joven dormía tranquilamente. La anciana se inclinó, y temblando de conocer la verdad que deseaba, deslizó el brazo debajo de las coberturas. Al sentir la mano fría y seca sobre sus entrañas, Adriana lanzó un grito.

Creyendo que era un sueño, pero sobresaltada, la joven encendió una luz instantáneamente.

A los pies de la cama, sentada en una silla se encontraba su madre. D<sup>a</sup>. Inés lloraba no ya con la duda sino con la persuasión de su desgracia.

Tales escenas no se describen sino se sienten. Las revelaciones de Adriana fueron completas. El alma de una madre es un tesoro misterioso e infinito de bondad, de ternura y de amor. No hay palabras con que expresar las reacciones maternas en semejantes momentos. La madre siente y llora con el corazón de la hija; la resignación se revela en la ternura de la primera pregunta, y las lágrimas del arrepentimiento se confunden con las lágrimas del perdón.

- XI -

Doña Inés no vio otro medio de redimir la falta de su hija y de salvarla de la deshonra que el de casarla con Edgardo.

Algunos días después se preparaba a escribir a los padres del subteniente, de una manera digna y resuelta, cuando una carta de éste, llena de esperanzas, vino a anunciar a Adriana que su buque zarpaba del Callao para ir a hacer en Arica algunos meses de estación.

Desde este instante Edgardo se convirtió para la señora en el objeto de todos sus votos y de todos sus sueños. La madre y la hija se consolaban mutuamente y en secreto, llorando, esperando, orando juntas.

La familia Lorbeza volvió a Lima y a su vida de recogimiento y trabajo.

Las relaciones de D. Julián con sus inquilinas tomaron cierto carácter de reserva y severidad. El propietario había hecho a Brígida confidente de su desdichado amor y de todo lo ocurrido, recomendándole que tratara de indagar con perspicacia el motivo de la

conducta misteriosa de Adriana. La mulata, dueña entendida en estos manejos, dirigió todos sus avances hacia Bautista y lo colmó de halagos. El muchacho le declaró que él había acompañado una noche, en Miraflores, a la niña Adriana, que salió a conversar en el barranco con su patrón Arceles. Por esta revelación y por ciertas indiscreciones fatales en semejantes casos, D. Julián no tardó en conocer con todos sus detalles la verdadera causa de la negativa incomprensible de la joven.

El propietario se sintió poseído de la indignación más profunda y rompió todas sus relaciones con la familia acusándola de una refinada hipocresía. Por algunas palabras duras les hizo comprender que no los despedía de la casa, merced a un sentimiento de compasión.

Esto multiplicó las tribulaciones y la humillación de la pobre familia. Adriana dirigía a Edgardo en todos los vapores una carta rotulada a Arica, según él se lo había prevenido. La casualidad le hizo saber por boca de un oficial amigo y paisano, que el subteniente Arceles había obtenido licencia por algunas semanas para ir de Arica a Moquegua.

¡Pero Edgardo no escribía!

A la llegada de cada vapor del Sur, y en medio de la multitud que frecuenta en esos días la casa de correos, se veía siempre, cerca de la entrada y hacia la derecha, una joven bella y humilde, que recorría atentamente y con ansiedad la sección de señoras en la lista de la correspondencia.

Esa joven era Adriana. Su nombre no estaba nunca en la lista. Cada vapor era una esperanza desvanecida. La joven volvía a su casa desolada. Interpretando interiormente con espanto el silencio de Edgardo, le era preciso aparentar siempre ante su madre y sus hermanas un resto de esperanza. La verdad era que sus sufrimientos tocaban en la desesperación del desengaño.

Los meses precursores de la hora fatal habían pasado en su mayor parte.

El corazón de la madre era un vaso de lágrimas contenidas. La casa había tomado un aspecto de sombría tranquilidad. La expansión natural de las niñas se había convertido en una actitud de reserva mutua, de desaliento y de tristeza. La misma D<sup>a</sup>. Inés había comenzado a resentir los síntomas de su enfermedad mortal. Parecía que el alma entera de la familia divisaba acongojada los nuevos signos de su infortunio, como las avechillas que al ver el tinte melancólico de la naturaleza y las negras nubes del horizonte, se turban y amedrentan ante la tempestad que avanza.

La expiación de Adriana era tal vez superior a su falta. Las cosas cambiaron repentinamente de aspecto, cuando la Providencia creyó colmada la medida.

Un día el indio Bautista entró a toda prisa desde la calle hasta la sala, gritando con el rostro descompuesto de alegría:

-¡Mi patrón Arceles! ¡Allí viene mi patrón Arceles!

Adriana, lívida a este grito, se precipitó instantáneamente a la ventana de reja, miró a la calle y retrocediendo a toda carrera se dirigió hacia el patio.

El joven alférez había atravesado apenas el umbral de la puerta de la calle, cuando los dos amantes se arrojaron el uno en brazos del otro.

Edgardo condujo a Adriana, desmayada, sosteniéndola sobre su corazón y casi arrastrándola hasta el sofá de la sala.

La madre y las hermanas acudieron y los rodearon. La joven volvió en sí como de un sueño con una sonrisa para Edgardo.

Hemos dicho que Adriana era un tipo perfecto de hermosura limeña. Su único defecto eran tal vez los colores vivos de su fisonomía y particularmente el tinte demasiado rojo de sus mejillas. La palidez de la maternidad había ahuyentado esos colores sin alterar la expresión de sus facciones, embelleciéndola más y bañando su rostro de resplandores celestes. Edgardo se quedó contemplándola absorto, trémulo de gozo, ebrio de alegría interior, como si habiendo dudado durante su ausencia, acabara de convencerse de nuevo de que Adriana era en efecto una belleza suprema e ideal que por su felicidad le pertenecía.

El contento de la viuda y de las niñas no tuvo límites al oír decir a Edgardo que dentro de quince días Adriana sería su esposa.

El subteniente contó a su amada, en una confidencia íntima, todo lo que había ocurrido en su viaje a Moquegua. El amigo a quien había encargado de recibir y dar giro a su correspondencia en Arica se había ausentado imprevistamente. Esto explicaba cómo Adriana no había recibido ninguna de sus cartas.

Su llegada a Moquegua no podía haber sido más oportuna. No era él el primero que había roto los juramentos solemnes entre las dos familias. Su prima acababa de dar el escándalo de una infidelidad. Parece que la sed de amar devoraba su naturaleza. La débil criatura se había enamorado esta vez de un rubio y rozagante alemán, que le daba lecciones de piano y de francés. El codicioso europeo comprendió la buena fortuna que se le presentaba, y aseguró a los padres que los defectos de su hija eran verdaderas bellezas, que sólo en un país tan poco civilizado podían pasar por defectos.

Sólo los preparativos de un matrimonio inmediato pudieron calmar esta vez las crisis de suspiros, de nervios y de desmayos de la joven.

A la fecha en que hablaba Edgardo, su prima debía estar casada.

Una vez libre como por un encanto, el alférez no tardó en comunicar a su madre todos los secretos que le abrumaban. La excelente provinciana le oyó la relación de sus amores con interés y con dulzura. El nombre de Adriana, para quien se hallaba bien dispuesta a causa de los cuidados que había prodigado a su hijo en el hospital, produjo en ella una impresión favorable. El viejo capitán fue consultado.

Algunos informes sobre el antiguo mayor Lorbeza y su familia fueron secretamente pedidos a Lima. Los padres vieron en las promesas de Edgardo y en la desgracia de Adriana un caso de honor para su hijo. Puesto que él deseaba satisfacerlo de todo corazón, rehusarle su consentimiento habría sido aconsejarle una acción indigna. Lejos de eso, los padres vieron con placer el sentimiento pundonoroso del joven oficial. La idea de que se creara en Lima una familia y un círculo de afecciones les halagaba; y merced al entusiasmo y a la ternura con que Edgardo les habló de Adriana, en los últimos días que pasó al lado de ellos, ambos terminaron por regocijarse tanto como Edgardo mismo de sus ilusiones y de sus proyectos de felicidad. Edgardo hacía para Adriana hasta los regalos de boda de sus padres.

El alférez agregó a su amada, con los ojos humedecidos por la emoción, que una de sus mayores dificultades había sido la de procurarse un poco de dinero para comprar muebles, arreglar las habitaciones en que debían vivir y los otros gastos indispensables de su establecimiento. La buena madre había provisto a todo. Reuniendo algunas pocas alhajas que conservaba como recuerdos de sus más bellos años o como un tesoro de reserva contra los días de escasez, la excelente señora le había entregado al despedirse esas reliquias de su juventud, a fin de que las vendiera en Lima y de que nada faltara a su felicidad.

Adriana contó a su vez a Edgardo la formal solicitud de que había sido objeto de parte de D. Julián. El alférez conocía de antemano la pasión del viejo propietario, y ambos rieron, aunque con respeto, del sentimiento sincero con que su rival había querido arrebatarse la felicidad durante su ausencia.

La dicha de los amantes fue completa. Relevado de la guarnición del buque, Edgardo recibió un ascenso entero, es decir, el título de teniente efectivo que esperaba hacía largo tiempo.

Los dos esposos fueron a habitar dos habitaciones, pobre y sencillamente amuebladas, en las cercanías de Belén.

- XII -

A la época de que hablamos, no era Edgardo el provinciano sencillo, aunque experto, a quien hemos visto abrazar la carrera de las armas con un entusiasmo inocente y con un patriotismo de niño. El adolescente se había hecho hombre, y su espíritu había sufrido una transformación completa, de que las necesidades de la relación no nos han permitido hablar hasta ahora.

Hemos dicho que el hijo del capitán Arceles no carecía de instrucción ni de discernimiento. Toda capital es un emporio relativo de civilización. Viviendo en Lima con el contacto de nuevos hombres, de nuevas ideas y de inmensas esferas de actividad, el joven oficial había sentido la pasión de investigar, de saber y comprender. Su espíritu se había abierto a la agitación y a la luz.

Edgardo poseía la reconcentración de pensamiento y el entusiasmo, esto es, dos cualidades que pueden hacer de cualquier hombre un espíritu superior.

Para decirlo de una vez, Edgardo se había hecho profundamente reflexivo, y la reflexión había engendrado en él grandes y generosas aspiraciones.

Poco tiempo después de hallarse en el ejército, el contacto de sus compañeros en la intimidad de cuartel le inspiró la convicción de que el valor y la honradez no bastaban para distinguirse en la carrera militar. El valor es la cualidad vulgar del soldado. La honradez debe ser la cualidad vulgar de todo hombre. Las conversaciones que nunca faltan entre los oficiales de un batallón sobre los personajes y los sucesos contemporáneos o históricos del país excitaban su patriotismo. Algunas discusiones acaloradas en que la ignorancia de los hechos lo colocaba en la impotencia de defender las opiniones que sostenía, humillaron su amor propio. Las muestras de aprobación con que eran acogidos algunas veces los rasgos de su elocuencia natural, instigaron su vanidad. Las luchas oratorias, que a manera de episodios de familia se promueven en los colegios, donde se forma el espíritu, o en los cuarteles, donde se tiene siempre viva la imagen de la patria, revelan y exhiben de antemano a los hombres del porvenir, inspirando el amor a las convicciones sinceras y a los grandes hechos de virtud. Edgardo se propuso conocer detenidamente la historia de su patria.

En las sencillas narraciones de Garcilaso y en los cuadros coloridos de Robertson y Prescott, el joven oficial contempló abismado la noble y gloriosa civilización de los Incas, no trasplantada como todas las civilizaciones antiguas y modernas de la Europa, cuyo itinerario nos marca la historia, sino nacida de sí misma como la luz de la nada. Admirando las proezas titánicas de los hombres que trajeron al Perú la bandera conquistadora, cuya raza forma hoy el elemento más activo, más ilustrado y más civilizador de nuestra nacionalidad, Edgardo lloró y comprendió el estupor de la raza primitiva al ver en un solo día destruido el imperio, degollados sus reyes, condenada su religión, derribados sus altares, perdidos sus dioses, y cuya conciencia, al contemplar destruido lo que ella creía indestructible e imperecedero, sintió de repente que le faltaba toda base y cayó, en medio de este cataclismo universal, desquiciada, aturdida y espantada como en el caos del vacío.

La gloriosa epopeya de la revolución de la Independencia infundió en su alma el amor sagrado de las glorias del Perú y de América. Edgardo vio en esa epopeya, no la resurrección exclusiva de la nacionalidad india, sino la aparición de una nacionalidad moderna, engendrada por los elementos simpáticos de dos razas llenas de bellas cualidades y de nobles tradiciones. Los episodios locales y los hechos hermosos de la revolución lo entusiasmaban y enternecían. El joven oficial devoraba las páginas de esa leyenda, no sólo con la meditación con que se lee la historia sino con el fuego santo con que se lee un poema. Bolívar y San Martín eran para él dos gigantes inconmensurables, dos guerreros homéricos, dos espíritus de los antiguos tiempos reaparecidos en los tiempos modernos para llenar una misión providencial en el Nuevo Mundo. San Martín arrastrando sus legiones con el aliento de su corazón por las gargantas de los Andes y proclamando en las plazas de Lima la independencia de una nacionalidad; Bolívar jurando una tarde sobre las ruinas de la antigua Roma la libertad de América, y gritando a sus soldados en las altas planicies de Junín: «¡Vosotros sois invencibles!» eran dos figuras ante cuya audacia

sublime soplaban en su espíritu, si nos es permitido expresarnos así, huracanes de patriotismo.

El torbellino de los hombres y de la historia contemporánea pasó a sus ojos como un vértigo. Edgardo no vio en él sino el encadenamiento fatal de los malos gobiernos engendrando las revoluciones, y de las revoluciones engendrando los malos gobiernos. Ante esa serie de poderes efímeros, nacidos de un tumulto popular, de un motín de cuartel o de una legalidad, siempre dudosa, gobernando al acaso sin plan preconcebido ni sistema y ordinariamente encomendados a hombres educados en las campañas y admirados en los combates, como si el patriotismo bastara para saber gobernar, su corazón sufrió de desesperación y de impotencia.

Un hecho hirió profundamente el espíritu del joven militar en esa historia de gobiernos y de revoluciones que han devastado, ensangrentado y mantenido el Perú en la infancia de su civilización. Edgardo no pudo comprender la insensatez de los hombres que, llevados a las escalas del poder y derrocados de él sucesivamente, persiguen, encarcelan, destierran y fusilan para verse a su vez en la persecución, en las cárceles, en el destierro y en el patíbulo. En la adversidad claman por el respeto a la majestad de la ley, y en el poder la olvidan o la violan hipócritamente: caídos se irritan contra todo acto de violencia, y elevados los aprueban y los justifican. Sin que lo efímero de los poderes les inspire la conciencia de la inutilidad de tantos esfuerzos ni de tantas lágrimas, parecen niños soberbios o idiotas que juegan con el destino de un país ante un lago de sangre, olvidados de que la Providencia les inflige a cada instante la pena del talión. Edgardo se sintió aterrado ante ese círculo fatal de dolores, de sangre y de tribulaciones, que nada crea, que nada consolida y de que no queda sino el recuerdo. El joven teniente no maldijo sin embargo del pasado ni desesperó del porvenir. A pesar de sus agitaciones sangrientas, de su descompaginación política y de sus defectuosidades sociales, Edgardo amó el turbulento Perú de nuestros días, no sólo porque había nacido en él, sino por las aspiraciones impacientes de la sociedad entera al bien, al perfeccionamiento moral, a la solución de los grandes problemas materiales, a la caridad, a la grandeza y a la gloria.

Sea por una convicción legítima o a causa de predisposiciones anteriores, el oficial moqueguano creyó ver que el Perú había estado próximo a salvarse en una de esas convulsiones desesperadas, no muy distante de nuestra época: la dictadura de Salaverry. No olvidemos que Salaverry era una visión guerrera de su niñez. Los arrebatos patrióticos del niño vinieron a idealizar al personaje en las convicciones del hombre. El fin trágico del héroe aumentaba el sentimiento de admiración por el drama breve, pero deslumbrador y grandioso, de esa existencia segada en la flor de sus días. Salaverry tenía como una apoteosis en el corazón de Edgardo.

Esta pasión retrospectiva por el dictador del 35 era casi un culto. El joven oficial sabía de memoria todas las proclamas bélicas de su ídolo histórico, llenas en verdad de arranques inspirados, y repetía sin cesar estas patéticas palabras que el vencido de Socabaya escribía a su esposa, momentos antes de marchar al patíbulo, en su capilla de muerte: -«Te he querido cuanto se puede querer, y llevo a la eternidad el pesar profundo de no haberte hecho feliz. Preferí el bien de mi patria al de mi familia, y al cabo no me han permitido hacer ni uno ni otro.»

No es posible en efecto encontrar en la historia un rasgo de elocuencia militar e íntima más acabado, más desgarrador, ni que revele con más sencillez todo lo que hay de aspiraciones generosas y de emociones trágicas en esas catástrofes horribles que la Providencia reserva a los grandes destinos. Cada vez que Edgardo recitaba esas palabras, pasaban por su alma tristezas irrevelables, y se estremecía con la idea de las angustias supremas del patriotismo vencido e impotente ante la muerte inesperada.

Antes de volver para casarse con Adriana, su padre le había regalado un bello retrato de Salaverry, de entre los muchos que poseía. Edgardo había tenido la caprichosa idea de colocarlo en su dormitorio, al frente mismo de su lecho.

Un día cayó en sus manos la historia de la Revolución francesa. Este libro le enseñó los grandes principios de las sociedades modernas, de los cuales sólo había oído hablar vagamente. La unidad histórica y los grandes progresos de la humanidad se abrieron a sus ojos. Condenando todos los excesos y los horrores salvajes de la revolución, Edgardo creyó en sus dogmas inmortales. Su imaginación exaltada se apasionó del ideal de la justicia. El joven oficial amó la libertad y la igualdad de todos los hombres con todo el fuego y el delirio de los veinte y un años.

Al mismo tiempo que esas lecturas, la armonía y el sentimiento de algunos versos modernos, que por acaso llegaron a sus oídos, le hicieron desear con anhelo las dulces emociones de la poesía. Edgardo leyó, o para decir mejor, recorrió lo que leen todas las almas jóvenes de su generación. Las robustas estrofas y las bellas fantasías de Espronceda; las románticas leyendas de Zorrilla, desaliñado, pero simpático trovador de dos mundos; las páginas coloridas y por instantes dulcísimas de la América poética, ramillete formado con las primeras y más bellas flores de un mundo virgen; las armonías sentimentales y sublimes de los poetas franceses modernos, en cuya lengua procuraba iniciarse, pasaron por su espíritu como el ambiente tibio de la mañana por el arbusto que rebosa de savia en los días de la primavera. Las contemplaciones solitarias y los arrebatos inefables de la poesía servían de expansión a sus sentimientos y de consuelo a su pasión por Adriana. El alférez Arceles llegó a ese momento de la vida en que se ama todo lo bello, todo lo noble, todo lo grande en que el alma sueña y el corazón canta.

La actividad de su juventud se compartía entre su vida de soldado, las emociones patrióticas y románticas de sus lecturas y sobre todo en la efusión ciega y reconcentrada de su amor por Adriana.

La casualidad quiso que en el buque en que acababa de pasar algunos meses, se ligara con dos o tres jóvenes oficiales de marina. Estos jóvenes, hijos de distinguidas familias de Lima, poseían una educación esmerada y pertenecían a la noble e inteligente falange de la nueva generación. Todos ellos se encontraban en la misma hora de la vida, con las mismas aspiraciones y con los mismos sueños que Edgardo. La sociedad cordial e ilustrada de estos compañeros de ideas le hizo pensar y comprender la bella misión de la juventud actual. Arceles distinguió sin embargo la juventud turbulenta, apasionada e impaciente de patriotismo, que esperando tal vez demasiado de sí propia, quisiera cambiar la faz del Perú en un día de revolución mágica, de esa otra juventud que, abriéndose paso por la

propaganda ardiente de las ideas, no sólo con la palabra sino con el ejemplo, regenerará el país en la hora en que el país y el movimiento legal de las cosas la pongan en la prueba de la acción.

Edgardo se preguntó si el más noble destino de un militar de su época no era el de proteger a esa última juventud y de hacerla una egida con su espada cuando llegara la hora. En el secreto de sus meditaciones el joven soldado empeñó ante la Providencia la palabra de ayudarla, levantarla y servirla.

En este punto vinieron a reconcentrarse todas sus reflexiones y las aspiraciones de su patriotismo. Pero esas aspiraciones eran meramente pasivas, y más que un pensamiento fijo representaban una idea vaga sobre su porvenir. Ni su edad ni lo mezquino de su clase podían prestar alas a su ambición. Ignorado y humilde, el teniente Arceles se contentaba con pensar de vez en cuando en todo esto como un hombre que sueña. Estas meditaciones, el noble carácter de su carrera y los ímpetus naturales de su juventud mantenían su espíritu en la obsesión constante de los más elevados sentimientos.

Tal era Edgardo, cuando se desposó con Adriana, realizando el más bello sueño de su corazón en los últimos meses de 1853.

- XIII -

Pero el conjunto de circunstancias que debía exaltar sus más nobles sentimientos e inflamar su espíritu con todas las llamas devoradoras de la ambición no estaba muy lejos.

La capital del Perú se hallaba en esa época en una crisis de efervescencia política. Por todas partes se sentían los síntomas de una violenta convulsión popular. Había en todos los círculos, en todas las conversaciones, en los acontecimientos de cada día, en los espíritus y hasta en las fisonomías, algo que anunciaba la próxima erupción del volcán que rugía.

Pocas semanas después de casado el teniente Arceles, estalló la revolución de 1854. Al contemplar ese movimiento augusto y popular de nuestra historia, lleno de grandes aspiraciones y hermosas esperanzas, Edgardo se sintió tentado de correr a sus filas. Pero escuchando ante todo la voz de su conciencia militar, permaneció leal a su bandera.

El teniente moqueguano recibió en Saraja su bautismo de sangre. Una herida leve le valió el grado de capitán.

Por un azar excepcional, que respondía a la agilidad de su naturaleza, Edgardo se encontró después en las alturas de Paucarpata, combatió en las llanuras del norte, volvió a Lima, y emprendiendo con el ejército constitucional la campaña de Jauja, peleó en Izcuchaca. Allí fue premiado con la efectividad de la clase de capitán.

Al regresar del norte y antes de salir para Jauja, Edgardo había tenido la dicha de contemplar un bellissimo niño que Adriana había dado a luz en su ausencia.

Edgardo observaba y meditaba siempre. En su marcha de Lima hasta Jauja, los cerros áridos y tristes, los abismos, los despoblados cubiertos de nieve, los desfiladeros, los puentes primitivos y la rusticidad de las poblaciones de indios le oprimieron el corazón. El Perú estaba menos civilizado y era más mezquino de lo que él creía. Al atravesar las cordilleras y los llanos, que marcan en gran parte el itinerario del ejército unido de América en 1824, el joven militar les envió un secreto saludo y se sintió conmovido.

Los días de inmovilidad en un campamento son largos, pesados y monótonos. La actividad del soldado, más que en la acción misma, consiste en hallarse siempre dispuesto a ponerse en acción. Después de Izcuchaca, y una vez en la expectativa en que se colocó el ejército constitucional, el joven teniente comenzó a impacientarse. Edgardo no era de esos hombres agitados por la pasión de leer, pero cuando caía en sus manos un libro que lo emocionaba y llegaba a interesarle, la lectura era rápida y la impresión profunda. No queriendo perder su tiempo en el ocio ni en el juego, esa indigna y relajadora distracción de las clases elevadas de nuestros ejércitos en campaña, el joven oficial buscó algunos libros más por distraerse que por deseo de instruirse. Un viejo vecino de Huancayo puso a su disposición una colección de antiguos libros, que había heredado de su padre y que yacían en un rincón de su casa, cubiertos de polvo.

La mayor parte de estos libros, de antiquísima impresión, eran traducciones en español de algunos clásicos latinos, entre ellos de Quinto Curcio y de Plutarco, los dos grandes historiadores de Alejandro y de César. El deseo de conocer los dos más altos tipos militares de la historia del mundo tentó a Edgardo. El joven oficial sacudió el polvo de este tesoro y se llevó algunos volúmenes.

No era la primera vez que esos libros llegaban a sus manos. Como sucede a todos los niños, los maestros de latinidad habían hecho pasar sus ojos por algunos de sus capítulos. Pero los maestros de latinidad sólo hacen ver en ellos textos muertos y banales de una trasposición de palabras latinas y de una traducción obligatoria. Sin explicaciones cronológicas, sin saber quién habla, con qué pensamiento, de quién ni de qué se habla, la imaginación del discípulo, que por su edad necesita más que nunca de comentarios orales, flota en el vacío de una historia sin antecedentes, y no comprendiendo el sentido vago e incompleto de las frases o no pudiendo reconstruir el orden ni la significación de los hechos que alcanza a comprender, termina por detestar al profesor, maldecir el texto y concebir una repugnancia profunda por los estudios de latinidad. Sin estos inconvenientes, Edgardo pudo conocer, en medio del reposo a que se veía condenado, lo que representaban en la historia los nombres guerreros de Alejandro y César. En seguida leyó la historia de Napoleón. Una estadística comparada de la prosperidad maravillosa de algunas ciudades de los Estados Unidos con las más pujantes ciudades de Europa completó la serie de lecturas que hacía el bizarro capitán, ya aislado en un rincón de su cuartel, ya en los altos de una pequeña marcha, ya tras de los matorrales o sobre el peñasco de un camino en un puesto de avanzada.

El capitán Arceles se hallaba absorbido en estas lecturas cuando acaecieron los movimientos estratégicos que dieron por resultado la imprevista retirada del ejército constitucional a Lima.

Edgardo acababa de recibir una carta de Adriana en que ésta le anunciaba haberle sobrevenido una de esas enfermedades que suelen afectar a las madres que crían a sus hijos y que las ponen en la imposibilidad de seguir criando.

El joven capitán volvió con placer a la capital, y entrando de noche a su casa se apareció de repente a Adriana, que en ese momento se encontraba distraída en un sillón con su hijo en las faldas. El gozo de ambos fue loco. Aunque con todas las precauciones exteriores de una enferma en convalecencia, la joven esposa estaba ya restablecida y gozaba de completa salud.

Éstos fueron los primeros días de calma y de felicidad que en un año que llevaba de casado tuvo Edgardo. Sus deberes militares no le habían casi dejado tiempo para saborear las delicias del hogar. En cambio, circunstancias de otro género vinieron a emponzoñar esta dicha.

El mezquino sueldo de su clase apenas podía bastarle, en una época normal, para subvenir a todas las necesidades de su casa. Durante los meses que acababan de pasar, sus ausencias habían sido repetidas y su sueldo se había dividido entre los gastos de su casa en Lima y sus gastos personales. La enfermedad de la madre había hecho forzoso que se tomara una nodriza: la salud delicada del niño no permitía que se le criara de otra manera. Antes de volver a Lima, Edgardo había ya ocurrido a arbitrios excepcionales y hecho grandes sacrificios. Adriana había hecho lo mismo por su parte. El alma del capitán era muy superior a las miserias de dinero, y sin amedrentarse las miró con una sonrisa de desdén. Pero dos o tres semanas después, todos los objetos de valor y propios del caso habían pasado de su humilde interior a las casas de préstamo. Poco a poco llegó un momento en que no vio alrededor suyo recurso alguno. La escasez absoluta y la inquietud espantosa de cada día por el día de mañana, pusieron pronto ante sus ojos el fantasma lúgubre y real de la miseria.

El joven oficial ocurrió a sus jefes; pero, a consecuencia de sus deudas de juego, éstos se hallaron por desgracia en la imposibilidad de servirlo.

Edgardo se sintió profundamente afectado. Él había creído sacar a Adriana de la casi inconcebible miseria en que vivía al lado de su familia, y desde que se había casado la había hecho vivir en una miseria tal vez mayor. Este pensamiento lo sumergió en una tristeza desgarradora.

Al mismo tiempo, como había adquirido algunas relaciones y amigos, Edgardo comparaba secretamente el lujo de las casas a donde iba con la desnudez, las penurias y las tristezas invisibles de su desmantelado departamento. El desorden inseparable de los interiores pobres, en que todo se aja y se trunca y en que unos objetos van cayendo a pedazos por falta de otros, le inspiraba cierto malestar sólo físico sino moral. Todo esto acrecentó en el joven el sentimiento desolador de su pobreza.

Edgardo se preguntó cuál era su porvenir individual y si estaba condenado a vegetar en las filas del ejército con un sueldo siempre escaso y a vivir siempre en la estrechez y en la miseria.

La verdad es que Arceles había cometido una grave imprudencia casándose sin contar con otros recursos que el débil sueldo de su clase. La rectitud de su criterio no tardó en hacérselo comprender. En medio de sus tribulaciones, Edgardo pensó con amargura en el bello porvenir que habría podido ofrecer a Adriana si hubiera consagrado toda la actividad de su juventud al comercio, a la industria o a la agricultura en un rincón de su provincia. Por desgracia no sólo era ya demasiado tarde, sino que los sueños de ambición y patriotismo o encadenaban fatalmente a la carrera militar como el único medio de satisfacerlos.

Entonces se efectuó en él una revolución profunda. Un soplo de ambición febril pasó por su ser, y su corazón se inflamó como una hoguera.

Pero Edgardo no ambicionó por egoísmo. El joven oficial no concebía la fortuna y la opulencia sino como recompensa del deber cumplido. Los ascensos, los honores, los altos puestos, nada significaban para él sin acciones que los inmortalizaran o los merecieran. A su ambición se mezclaron los más generosos sentimientos de su alma.

La patria era su religión: Adriana era su ídolo. Al pensar en medio de las tribulaciones de su pobreza en el porvenir de su esposa, y en medio de las emociones políticas de tan graves momentos en el porvenir de su patria, Edgardo clamó al cielo con todos los gritos de su corazón y sintió en sí mismo las fuerzas necesarias para luchar contra el destino. Excitadas por este doble sentimiento del deber y del porvenir personal, las más altas e impetuosas aspiraciones desbordaron en su espíritu como un torrente contenido. Edgardo ambicionó milagros de engrandecimiento y de civilización para su país; tesoros y opulencia para la mujer que amaba.

El grado de sargento mayor, obtenido por un nuevo acto de justicia a sus bellas cualidades de soldado, vino a excitar más esta disposición de su espíritu. Su imaginación suprimió las personalidades y los sucesos del presente y se perdió vagamente en el vacío del porvenir.

La historia de la antigüedad le había inspirado el deseo de las grandes virtudes. Las comparaciones desproporcionadas que se habían presentado a su espíritu involuntariamente y en secreto, entre los hombres y los hechos de los tiempos que acababa de ver con la imaginación, y los hombres y los hechos que veía alrededor suyo, y entre las florecientes ciudades de Europa y de América con los caseríos y desiertos que había atravesado en la campaña, lo habían entristecido; pero al mismo tiempo habían engendrado en su mente sueños de grandeza moral y de prosperidad material para su país. Estos sueños eran como las secas aristas con que se alimentaba todos los días la ardiente llama de sus ilusiones. En los arrebatos de su ambición, Edgardo se sintió capaz de cambiar el destino de su patria. El humilde mayor se soñó héroe y regenerador del Perú.

Por el prestigio particular a las naturalezas nerviosas y exaltadas, todo lo veía realmente, como si algunos días después fueran a realizarse sus esperanzas. El delirio secreto llegó a apoderarse de su cerebro, y comenzó a sentir con una intensidad espantosa. Todas sus alucinaciones eran vértigos de gloria. Unas veces se le imaginaba ver su nombre inmortalizado en el porvenir de América, creía oír los aplausos embriagadores de la multitud y contemplaba tendidas ante sí mil coronas de laureles inmortales. Otras veces, Alejandro, César, Washington, Napoleón, Hernán Cortés, San Martín y Bolívar desfilaban ante él sobre caballos blancos como armiño, coronados de mirtos y transfigurados con la belleza resplandeciente de una apoteosis. Avanzándose uno a uno en carrera circular y veloz, como en un juego de equitación sublime, lo saludaban al pasar y le señalaban el firmamento con sus espadas.

Su fisonomía tomó el reflejo de lo que pasaba en él interiormente; Edgardo entraba a su casa, y sentado al lado de su esposa devoraba algunas páginas de un libro. De repente se levantaba y corría precipitadamente a su cuartel, sin decirle una palabra y como si huyera de lo que leía. Adriana atribuía la alteración de su rostro y esta brusquedad de movimientos a las preocupaciones de su pobreza.

Por la reconcentración natural y la energía de su carácter, Edgardo guardaba el secreto de sus agitaciones, y pensaba y sentía en silencio. Algunas veces se le escapaban sin embargo algunas frases que sus compañeros de armas atribuían a las impresiones de la situación política. Si a pesar de este silencio alguno hubiera penetrado en los secretos íntimos y ardientes del alma de Edgardo, lo habría creído un loco o un hombre sublimemente inspirado. Había en las aspiraciones audaces de su espíritu como relámpagos capaces de iluminar el caos moral de una nación entera.

El mayor Arceles se hallaba en esa hora de heroísmo y de abnegación, única y suprema, que llega a todo hombre a quien agitan las santas emociones del patriotismo. Si hubiera traicionado a su patria, habría corrido a precipitarse por sí mismo de la roca Tarpeya; como Catón habría preferido el suicidio a la degradación de Roma, o como Ricaurte se habría sepultado con los enemigos de la libertad de América bajo los escombros de San Mateo.

El joven oficial se decía a sí mismo que sus ilusiones no podían morir como los sueños vulgares de los demás hombres, y que todo lo que sentía no podía ser burla del destino o una ironía de la Providencia.

Tal llegó a ser la disposición psicológica del espíritu de Edgardo en los dos meses de su permanencia en Lima. Hemos querido exponer su elaboración íntima y lenta, porque ella constituye la enseñanza moral de su existencia y el impulso fatal de su destino.

- XIV -

Entretanto el ejército de la revolución se avanzaba casi triunfante hasta Lima, y el ejército constitucional había salido a cerrarle el paso.

Eran esos días de lúgubre, silenciosa y solemne expectativa, en que los dos ejércitos, al fin frente a frente, se hallaban acampados a las puertas de la ciudad aterrada.

El mayor Arceles fue enviado un día con comunicaciones del cuartel general a Lima. Viendo que podía disponer de una o dos horas, se dirigió a su casa, entró a ella como un hombre fatigado y se recostó negligentemente en su lecho. Edgardo se hallaba en uno de esos momentos de alegría sin causa, de buen humor y de risueña expansión.

-¿Sabes, Adriana? -dijo de repente a su esposa en un momento en que jugaba con su hijo-, es necesario que yo trate de avanzar en mi carrera. Soy muy pobre y quisiera ser rico; soy muy pequeño y quisiera ser grande; soy un simple mayor y quisiera ser un general glorioso. ¿Y sabes por quién quisiera ser todo eso? Por ti, por mi hijo. La miseria en que vivimos me contrista y el porvenir de mi hijo me inquieta. Mira; cuando hablé a mis padres de casarme contigo, me rogaron que renunciara a mi carrera, que te llevara a Moquegua y que me pusiera a trabajar en una hacienda. Pero tú conoces lo que representa la carrera militar para mí. Abandonarla me habría parecido traicionar mi conciencia. Rehusé por este sentimiento de deber y por este amor hacia mi patria, que, como el tuyo, no puedo ahogar ni arrancar de mi corazón. Yo no podría ser feliz ahogando mis más nobles sentimientos. Esa felicidad sería el egoísmo, y yo me arrepentiría de ella como de un crimen.

Éste fue el principio de un diálogo tierno en que Edgardo comunicó a Adriana todos sus sueños, su ambición y sus esperanzas. La joven esposa le escuchó embebecida y maravillada ante las perspectivas de felicidad que su marido soñaba para ella.

La conversación de los dos jóvenes tomó ese carácter de abandono, de secreto y de dulzura, que tienen siempre las confidencias de dos esposos en el fondo tranquilo del hogar cuando se trata de los proyectos del porvenir. Edgardo se hallaba en vena de elocuencia familiar. Adriana vio alrededor suyo ovaciones, coronas, honores, opulencia, cortesanos, grandezas y gloriosos destinos. Edgardo le habló de representar su provincia en el congreso nacional, de sus triunfos ciertos como orador, de propios y vastos proyectos sobre la educación intelectual de la clase india y sobre la creación de poderosos centros de industria en el Perú. En tales casos, la mujer, sin darse cuenta de lo que oye, dudando o no, sonrío, se entusiasma con el marido, se enorgullece y termina por admirar la nobleza de sentimientos del hombre a quien ha unido su destino. Todas las reflexiones de Edgardo concluían siempre con la consideración de que era necesario que en la batalla inminente entre los dos ejércitos se señalara por alguna acción excepcional que hiciera resonar su nombre y que lo exhibiera a la admiración y al entusiasmo de su país.

Adriana se sintió estremecer a la idea de una imprudencia loca. La joven habló a Edgardo, con la más entrañable ternura, de los terrores en que la sumergía cada una de sus ausencias y de la súbita inquietud por su vida que, ante tanto aparato de guerra y de muerte, asaltaba a cada instante su corazón.

La hora de partir llegó, y los dos esposos se separaron después de haber cambiado el alma en el más tierno beso.

¡La aurora del 5 de enero de 1855 había remontado en los cielos!

Durante las últimas horas de la noche, los cañones habían enviado sus ecos de muerte al corazón de la ciudad. Las torres y las murallas que miraban hacia el campamento se hallaban coronadas de gente. A las siete de la mañana el ejército constitucional estaba vencido: media hora después entraba fugitivo en grupos desordenados o por hombres dispersos. Los soldados arrojaban por las calles los fusiles, los pertrechos y todos los objetos de uniforme, pálidos de terror y de fatiga. La guarnición de la ciudad se había reunido ante las manifestaciones populares. La ciudad entera estaba cubierta y obstruida por el pueblo en tumulto y armado con los despojos de los vencidos. Sólo se oían gritos de muerte o de entusiasmo, el ruido de las armas y las carreras de los caballos sobre el empedrado de las calles. La fusilería había callado en el campo del combate, y al través de nubes de humo y de polvo se veían moverse los batallones vencedores. Las puertas de las casas se entreabrían como temerosas del asalto de una multitud sin freno. El alma amedrentada de las familias se estremecía ante el gran drama de sangre y de desorden que pasaba a sus ojos. ¡Cada esposa se preguntaba por su esposo, cada hermano por su hermano, cada madre por su hijo!

Al saber la derrota la pobre Adriana se preguntó también con el espanto en el alma: -  
¿Qué habrá sido de Edgardo?

Toda la familia había venido a acompañarla en sus emociones. Las congojas de la joven esposa crecían a cada instante.

A las doce del día Edgardo no había parecido.

¿Por qué no llegaba? -Las angustias de Adriana fueron superiores a toda reflexión. Edgardo no podía estar sino entre los heridos o los muertos, únicos que a esa hora quedaban en el campo.

Los excesos infames de pillaje y las violencias contra los vencidos redoblaron su ansiedad.

A las dos de la tarde vinieron a decirle que los heridos entraban en gran número, conducidos en carretones, por la portada de Guadalupe.

Adriana tomó su pañuelón, casi sin pensar lo que hacía, y acompañada de Bautista se dirigió precipitadamente a la portada. En el pavor de su rostro, en lo desarreglado de sus vestidos y en la agitación febril de sus miembros se pintaban todos los dolores de su alma.

Después de un momento de expectativa vio venir una carreta de oficiales y soldados heridos. Adriana rogó al carretero que se detuviera un instante, y avanzando resueltamente buscó el rostro de su marido. Edgardo no estaba allí.

El segundo convoy de heridos se detuvo también a su ruego. Al acercarse Bautista a la parte trasera de la carreta, vio un joven con un uniforme igual al del mayor Arceles y de un aspecto semejante. Sus pies salían hasta fuera; el cuerpo estaba en parte cubierto por otros heridos, y el rostro pegado al fondo de la carreta y boca abajo. Bautista gritó: -«¡Aquí

está!» Adriana se acercó. Como no volvía el rostro para mirarla, tomó uno de sus tobillos con la mano, y sacudiéndolo, lo llamó por su nombre... No era Edgardo sino el cadáver de un desgraciado que había muerto en el trayecto. La joven retrocedió aterrada.

No pudiendo resistir por más tiempo a estas emociones, Adriana volvió a su casa llorando a mares. ¡Al lado de unas esposas y madres agitadas por el entusiasmo y la alegría, otras esposas y otras madres lloraban!

Aunque simple mayor graduado, Edgardo era segundo comandante de un batallón. Antes de entrar en combate, el casco de una granada le había caído en la rodilla izquierda. El mayor no hizo caso y montó a caballo. A la primera orden de su jefe cargó intrépidamente con algunas compañías, logrando romper los rangos del enemigo. Pero apenas llegó a retaguardia de la columna que había desordenado, cayó de su caballo herido y sin conocimiento. El resto del combate pasó a su alrededor, permaneciendo extraño a él como un cadáver.

El joven mayor había caído en un potrero no cultivado y casi sin cerco, algo distante del centro del combate. Algunas horas después, volvió en sí.

El sol reverberaba ardientemente; el ruido del combate había cesado; la inmovilidad y el silencio reinaban alrededor suyo. Los dos ejércitos habían desaparecido. Tres o cuatro cadáveres de soldados, tendidos por tierra más o menos lejos, fue todo lo que pudo ver. Edgardo sintió despedazado su brazo derecho y un ardor agudo doloroso en el mismo costado. Tomando aliento se levantó y dio dos o tres pasos. La rodilla se había inflamado horriblemente a consecuencia de la contusión, y el dolor fue tan súbito y profundo que, renunciando a caminar, se vio obligado a arrojar al suelo por sí mismo. Entonces comenzaron para Edgardo esas horas crueles de angustia y de expectativa, que duran siglos para un herido devorado por la sed, torturado por el dolor, condenado a la inmovilidad, sucio de polvo y de sangre, pegado fatalmente al pedazo de tierra que ocupa y en el suplicio del sediento sin esperanza.

De repente oyó el ruido de un caballo que pasaba. Era una cabalgadura que había perdido su jinete en la batalla y que vagaba por el campo, suelta y amedrentada todavía por el rápido silbido de las balas. El caballo se detuvo como para reposarse y observar. El herido hizo el esfuerzo supremo que exigía su situación. La noche podía llegar o el caballo huir. Arrastrándose lentamente por el suelo durante un cuarto de hora, llegó a los pies del caballo y asió las riendas que caían hasta tierra. El animal permaneció impasible, como si fatigado de correr al acaso hubiera deseado un jinete que lo condujera. Edgardo se suspendió a un estribo y se levantó poco a poco. Negando en seguida su sensibilidad al dolor, como por un acto sobrehumano, logró montar.

Entre Miraflores y Limatambo encontró unos hombres que le ataron el brazo cuidadosamente, le dieron a beber de una corriente vecina y le aconsejaron que tomara otro camino, pues, según decían, todos los heridos que entraban por Guadalupe eran asesinados.

Con este aviso Edgardo prefirió dar la vuelta alrededor de la ciudad. Haciéndose indicar a cada rato por los transeúntes el camino que debía seguir y descansando por momentos, a las cuatro de la tarde llegó a la portada de Maravillas casi sin aliento.

Edgardo atravesó la ciudad con la cabeza casi doblada sobre el pecho, la mirada extinguida y con el desfallecimiento cadavérico de un hombre que marcha al patíbulo o que viene del suplicio. La multitud lo miraba conmovida y se alejaba de él con respeto. Ése era el mismo joven arrogante y altivo que algunos días antes atravesaba la ciudad lleno de ambición, de sueños y esperanzas. ¡Cuántas ambiciones, cuántas esperanzas y cuántos sueños como los suyos murieron ese día!

Esta marcha a caballo era un verdadero milagro de voluntad contra sufrimientos increíbles. Algunos vecinos que le reconocieron de lejos, entraron corriendo a anunciar a Adriana que Edgardo venía herido. Toda la familia salió al patio de la casa. La puerta de la calle se abrió y el joven herido apareció a caballo, pálido, vacilando sobre sí mismo, la casaca abierta y rota, los ojos sin brillo y cubierto por todas partes de tierra y de sangre.

Después de haber entrado lentamente, al llegar a la puerta de sus habitaciones casi no bajó del caballo, sino que se arrojó a los brazos de Adriana, diciéndole:

-¡Agua! ¡me muero!

Una junta de facultativos tuvo lugar esa misma noche. Las heridas fueron examinadas y el brazo entablillado y vendado. Los médicos declararon que el problema de vida o muerte para el joven militar consistía en saber si la bala, que había roto el brazo y herido en seguida el costado, había retrocedido y desprendídose del cuerpo o se había caído dentro de él. Era necesario esperar hasta el día siguiente para fijar su opinión sobre esta alternativa.

Los médicos agregaron que, como era de temerse una funesta eventualidad, sería prudente administrar al enfermo esa misma noche los últimos auxilios religiosos.

Al oír estas palabras, el corazón de Adriana se cerró a toda idea salvadora y creyó que su marido iba a morir en la noche.

Pero a la mañana siguiente Edgardo vivía aún: no todo estaba perdido: la joven volvió de su primera impresión y concibió un rayo de esperanza.

Edgardo había sufrido todas las operaciones de que había sido objeto en la más profunda insensibilidad. Desde la tarde anterior le había abandonado el conocimiento y no lo había recobrado ni un instante. Sólo de vez en cuando abría los ojos como una persona que medita y los cerraba en el acto.

La desolada esposa no se separó de su cabecera durante todo el día.

Mucho antes de que acabara la tarde, el mayor volvió a abrir los ojos y permaneció en esa actitud más tiempo que de costumbre. Dirigiéndose en seguida a Adriana, que acariciaba a su hijo, exclamó:

-¡Pobre Adriana! ¡pobre mi hijo! ¡pobre de mí!

La joven se acercó y le dijo con dulzura:

-¿Por qué te afliges? Los médicos han dicho que tu vida no está en peligro de una manera absoluta.

Edgardo volvió a cerrar los ojos. Adriana reconoció aterrorizada que la respiración del herido se había hecho más difícil.

Un profundo silencio reinó en el cuarto.

-No, Adriana- dijo Edgardo pocos momentos después y con la voz desfalleciente-; yo no me engaño. Sé que dentro de algunos instantes debo morir. Ése era mi destino. ¿Te acuerdas? hace algunos días que en este mismo lecho yo te contaba mis delirios de grandeza y de ambición, y tú soñabas conmigo... ¡He aquí el resultado de todos mis sueños!... No llores. Este destino no es sólo el mío. ¡Es el de todos los jóvenes de mi época que no puedan arrancar de su corazón la llama del patriotismo! Todos ellos soñarán, vivirán y morirán como yo... Los mismos viejos servidores de la patria mueren calumniados, con mil sueños de gloria perdidos, después de haber vivido en la miseria y legando la miseria a sus familias. Yo no muero calumniado porque muero joven, pero muere conmigo un mundo entero de ilusiones. No me han dado tiempo para hacer nada por la sociedad en que he vivido, ni por tu propia dicha. Ambicionaba para ti tesoros y grandezas, y sólo te dejo la viudez y la indigencia. ¿Por qué?... Porque una bala fratricida me esperaba en mi camino: yo olvidaba que he nacido en una triste época y en un país agitado por las revoluciones políticas y por el idiotismo salvaje de las guerras civiles. Obcecados por pasiones políticas de aldea, nos infamamos unos a otros o nos matamos como enemigos encarnizados e implacables. Los unos mueren en el fondo de su hogar devorados por las decepciones; los otros en el campo de batalla. ¿De qué sirve que las madres críen y eduquen a sus hijos con toda la ternura de su corazón, si los combates fratricidas vendrán a sepultarlos jóvenes aún? ¿Para qué sirven las aspiraciones generosas de tanta noble juventud, si ella ha de morir triste y sin renombre, falta de esferas tranquilas para su actividad, falta de vida, de acción y de espacio? ¡Y este estado del Perú... de medio América... dura cuarenta años!... ¡Dios mío!... ¡y él va devorando las generaciones!... ¡Desgraciadas!... ¡desgraciado de mí!...

Las últimas palabras fueron pronunciadas con la dificultad de un moribundo. Edgardo volteó la cabeza y dio una gran intensidad a su mirada como si quisiera reconcentrar en su pensamiento todos los restos de su vida. Por un efecto casual de la tarde, algunos rayos de sol, penetrando en la habitación por una ventana alta, fueron a iluminar dulcemente el retrato de Salaverry. Impresionado por la luz, el joven fijó en él la mirada. El delirio de la muerte agitaba su cerebro. De repente trató de incorporarse, y dominado al parecer por una alucinación, medio echado, sentado a medias, con el último estertor de la vida y como si hubiera hablado a un espectro, exclamó:

-¡Salaverry! ¡Salaverry! ¡muero joven como tú, pero sin gloria! Yo comprendo en este instante más que nunca la sublime significación de tus palabras... «Preferí la felicidad de mi

patria a la de mi familia, y al cabo no me han dejado hacer ni la una ni la otra...» Ese grito imperecedero de desesperación no es sólo tuyo; es mío también. Ése es el grito de una generación entera... ¡no!... ¡no!... de dos generaciones; la que ha pasado y la que pasa.

La tarde estaba llena de solemnidad y de misterio. En el barrio reinaban la tranquilidad y el silencio. En el campanario de la iglesia vecina tocaban a muerto.

En seguida con los ojos volteados hacia su hijo que dormía en un rincón del cuarto y como viéndolo al través de las sombras de la muerte, continuó:

-¡Dios mío! ¡que ése no sea el grito de la generación que viene!

Sus labios se estremecieron imperceptiblemente; sus párpados quedaron suspendidos sin acabar de cerrarse, y su faz lívida pareció dilatarse como bajo una sombra.

Edgardo murió con la cabeza sobre el corazón de Adriana.

La viuda del capitán Arceles volvió a vivir al lado de su familia. Sin separar al hijo de la madre, los padres de Edgardo se han encargado de la educación de su nieto. Favorecidos por la fortuna, no han olvidado que Adriana era pobre y han sabido recompensar las virtudes de la joven madre.

Bella y hechicera aún, como en los más venturosos días de sus amores, Adriana ha sido fiel y lo es aún a la memoria de Edgardo.

Carmen se casó con el mismo joven marino que había acompañado al subteniente Arceles en su excursión furtiva a Miraflores.

Todo esto ha cambiado la posición de la familia Lorbeza. Después de largos días de trabajo y de infortunio, han venido los días de calma y de felicidad.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).